Como sonríen las tortugas (Premio Fundación Allianz)

Marce Galbán

Capítulo 1

Como sonríen las tortugas.

El tigre se preguntó si era buena idea seguir adelante, o si no era mejor regresar a las rocas donde se echaba a descansar al menos hasta mañana, después que se apagara el sol, con una nueva luna, aunque sabía bien que no podía darse ese lujo. Hacía varios días que no comía y ya estaba cansado y débil; al día siguiente iría a sentirse peor. De pronto escuchó un ruido al costado del sendero por donde caminaba, algo se movía entre las hojas. Inmóvil en la penumbra de la noche, el tigre agudizó la vista, tanto que dejó de ver; ahora sus orejas captaban mínimos movimientos en la oscuridad. Era tiempo de cazar algo para comer, pero había un problema: por el lugar andaba otro tigre. Lo supo del modo en que los tigres saben todas las cosas, con ese cosquilleo que iluminan las manchas negras en su piel dorada. De inmediato pensó que podría ser alguno de sus dos hermanos, aunque hacía tanto tiempo que no los veía que también ellos habían pasado a ser extraños que competían por el bosque. Además de ver con las orejas, ahora el tigre veía también con la nariz: olor a tigre en el sendero. No había dudas, otro tigre andaba por ahí. Pero las pisadas que recién había escuchado eran pisadas ligeras, no eran pisadas de tigre, aunque tampoco eran pisadas de un animal que podría ser una presa; de seguro alguna liebre o algún zorro. El tigre buscaba otra cosa. Una liebre no era digno rival de un tigre; con esas orejas largas que subían y bajaban según la ocasión; y un zorro era, en el mejor o peor de los casos, un competidor, pero nunca una presa. Decidió entonces seguir camino, cuatro pisadas que se repetían en otras cuatro pisadas, sobre aquel sendero en penumbras alumbrado apenas por la luz de la noche que se filtraba entre las hojas de los árboles. Y así, sin pensarlo demasiado, por instinto, por curiosidad o por hambre, unas horas después llegó hasta el lugar en el que no había estado nunca. Con sorpresa vio lo que en un principio le pareció imposible: el bosque se terminaba. Y más allá, una superficie sin árboles ni plantas, una franja plateada distinta a todo lo conocido. El tigre había descubierto la playa. De pronto había dos lunas, una en lo alto del cielo y otra temblorosa, en el horizonte. Y un rugido ensordecedor; provenía de todos lados, envolvía el aire y no lo dejaba pensar. El tigre nunca había escuchado algo así. Miró el suelo, pisó con desconfianza aquella superficie plateada y maravillosa, y al dar algunos pasos giró la cabeza para ver sus huellas en la arena. Así, envuelto en la adrenalina de lo nuevo, quedaba atrás el bosque y su penumbra silenciosa. Pero ahí la noche era brillante y plana y no tenía final, porque se unían, en lo interminable del horizonte, el cielo y la tierra en un mismo color. Al tigre no le gustó ver sus huellas en la arena, dejar semejante rastro lo delataba, y sin embrago no había otro modo de avanzar. Quería saber qué era ese lugar sin árboles ni plantas, con ese suelo brillante y movedizo, tan distinto a la tierra firme del bosque.

Entonces lo vio, allí estaba el dueño de aquel rugido interminable y ensordecedor: el mar; se acercaba a la orilla y se arrugaba en pequeñísimas olas, y de pronto retrocedía temeroso del nuevo visitante para luego volver a avanzar. El tigre quiso huir, regresar a los senderos conocidos de su bosque, a la seguridad de su roca, pero sus ojos quedaron fascinados, sus orejas se acostumbraban de a poco a aquel rugido y después de un momento, se atrevió a acercarse a la orilla. Pero algo interrumpió el paisaje: una tortuga se arrastraba por la arena. El tigre sintió las irrefrenables ganas de saltar y ponerle una pata encima, pero no para comerla, una tortuga no iría a servirle de nada, con ese caparazón duro tan parecido a la corteza de los árboles, sino para hacerle saber que él estaba ahí, y que seguía siendo el más feroz entre todos los animales. Qué fácil sería atraparla, pensó el tigre, era como todas las tortugas, lenta y tonta. El tigre se agazapó y preparó el zarpazo. La tortuga parecía caminar hacia la oscuridad del mar, avanzaba a pesar de sus patas lentas y pesadas, y el tigre se quedó unos segundos quieto, mirando a la tortuga arrastrarse por la arena, buscar la orilla, esperar la ola y desaparecer bajo la espuma. Con sorpresa y admiración, el tigre envidió su coraje, y supo, en aquel momento, lo que era el miedo: el mar, misterioso y potente. Y lo supo, le tenía miedo al mar, el tigre, que a nada le temía. Aquella oscuridad salpicada por la luna era fascinante y peligrosa, y sin embargo la tortuga había enfrentado el mar con valentía, sola, sin ayuda de nadie, y se había dejado envolver por la espuma de la orilla. El tigre sintió la sangre correr por todo su cuerpo, como cuando estaba a punto de dar el zarpazo final tras correr a una presa, y tuvo ganas de rugir más fuerte de lo que rugía el mar. Si la tortuga había podido enfrentarlo, él también podría, para eso había nacido tigre, por eso lo respetaban todos los demás animales, y el mar también lo iría a respetar. El tigre miró las olas, no había imaginado nunca algo así, y sin pensarlo dos veces corrió él también hacia el mar. Primero sintió el frio del agua en la piel, y dio un salto para no dejarse atrapar por las olas, pero ahora su cuerpo entero estaba bajo el agua, en medio de aquel rugido interminable y ensordecedor que se mezclaba con su propio rugido, y se hundía sin nada que pudiera hacer, y burbujas de aire salieron de su nariz y sus patas lucharon para salir a flote, pero no había de donde aferrarse, y el tigre comenzó a hundirse cada vez más, sus movimientos frenéticos no servían de nada, no había escapatoria, se hundía el tigre entre las olas, solitario y final. Y de pronto la noche fue un silencio oscuro y distinto, una soledad en la que no había estado nunca, y en esa soledad oscura y distinta el tigre comprendió que no había forma de escapar. No se podía luchar contra el mar, el agua se dividía entre sus patas, y en aquel momento pensó en los senderos del bosque, en el destino de tigre que lo había llevado hasta allí. Ahora luchaba por sobrevivir, pero el mar no luchaba contra el tigre, y era por eso que el mar se lo tragaba de a poco; cuanto más se movía más rápido se quedaba sin aire, y segundos después se dejó caer pesado en aquel abismo arremolinado e interminable hacia el fondo del mar. Ya no tenía fuerzas. Se hundía en la ternura del agua, en las corrientes submarinas, se acostumbraban al fin sus ojos a tanta

oscuridad. Cuando de pronto sintió que algo lo arrastraba hacia el aire de la superficie. El tigre no comprendía qué sucedía hasta que sus ojos vieron en la oscuridad del cielo una mancha blanca que se hacía cada vez más grande y luminosa, y al sacar la cabeza fuera del agua vio la luna y respiró una bocanada de aire que lo devolvió a la vida. La tortuga lo había salvado, pero ella ahora luchaba contra la corriente, el cuerpo del tigre era demasiado pesado y además, como bien había pensado el tigre, la tortuga era algo lenta y tonta, aunque sabía moverse en el agua, conocía el mar, la fuerza de las olas, y estaba dispuesta a salvarlo. Con mucho esfuerzo, la tortuga logró llevarlo a tierra firme, y con el poco aliento que le quedaba, el tigre logró salir del agua. Dio varios pasos y se dejó caer sobre la arena, donde las olas no podían alcanzarlo. Estaba exhausto el tigre, apenas podía levantar la cabeza y mantener los ojos abiertos. Quería alejarse de allí de inmediato. No volver jamás al mar. Tortuga, alcanzó a susurrar el tigre, prometo ser tu amigo. La tortuga miró al tigre con esos ojos lentos que tienen las tortugas, capaz de retener aquella imagen durante siglos. Y cuando el tigre recuperó fuerzas pudo levantarse para correr hacia la maleza; antes de perderse en la penumbra del bosque, el tigre miró hacia la playa, buscó con sus ojos de tigre los ojos de la tortuga, y a su manera le dio las gracias por haberlo salvado. Días más tarde el tigre encontraría a sus hermanos en el bosque, y le contaría con palabras de tigre acerca del mar y de su nueva amiga. Poco después, la tortuga apareció entre la espuma, empujada por la última ola; el esfuerzo de salvar al tigre había sido demasiado grande. Abrió la boca y tragó una bocanada de aire fresco. Dio algunos pasos y, como el tigre, también se echó a descansar sobre la arena. La luna se duplicaba en el horizonte, y brillaba, también, en las huellas que había dejado el tigre. La tortuga alzó la cabeza, miró hacia el bosque. Ahora tengo un nuevo amigo, pensó la tortuga. Lenta y tonta. Y sonrío, como sonríen las tortugas después de salvarle la vida a un tigre.

Capítulo 2

Cazadores furtivos

Todavía era de noche cuando la tortuga despertó. Estaba en la playa, a la orilla de ese mar. Se había quedado dormida a causa del esfuerzo que había realizado, se sentía cansada y débil, y por más que lo intentara no podía darse cuenta donde terminaba el cielo y donde comenzaba el mar; unas olas diminutas se arrugaban y se desarrugaban al llegar a la orilla, y al hacerlo enterraban las patas de la tortuga en la arena. El viento levantaba una espuma blanca y fosforescente en el aire, y aquel rugido le hacía pensar en su amigo el tigre. De vez en cuando alguna ola más grande la envolvía por completo, y su caparazón quedaba, por algunos segundos, oculto por telarañas de espuma brillante. Cuando el mar se retiraba, la tortuga lograba ver por un momento el cielo, que a esa hora de la noche era, todavía, de un solo color. La oscuridad del bosque, detrás de ella, avanzaba de a poco sobre la playa, y los peligros de la noche la mantenían en alerta. La tortuga volvió a mirar el cielo, y de pronto una luz blanca por encima del mar le llamó la atención. Aquello no podía ser el sol, aquel punto luminoso en el horizonte de pronto se hacía más y más grande, más redondo y más potente, tanto que la tortuga no podía dejar de mirarlo.

Mar adentro, un barco subía y bajaba con las olas, y de vez en cuando se balanceaba hacia los costados, pero otra vez recuperaba el equilibrio. La luz que había visto la tortuga desaparecía y volvía a aparecer. Dentro de aquel barco viajaban varios hombres. Eran cazadores furtivos. Y nadie sabía bien qué clase de animales estaban cazando en el mar. De pronto un bote se desprendió del barco, y minutos después, con el sonido del motor fuera de borda atravesando la noche, el bote alcanzó la costa donde estaba la tortuga. Así de rápido llegaron los cazadores a la playa. La tortuga pudo ver que los tres hombres estaban vestidos igual: mamelucos amarillos, guantes de goma, y botas de lluvia. Era la primera vez que la tortuga veía a humanos caminar sobre su playa, y algo dentro de ella le decía que esos hombres eran peligrosos. Los hombres bajaron del bote, dieron algunos pasos sobre la arena mojada, con sus linternas alumbraban hacia todas partes, hasta que uno de los hombres la encontró. La tortuga escondió la cabeza y las patas dentro del caparazón, como si de aquel modo pudiera volverse invisible, y se quedó inmóvil con la esperanza de que no la hubieran visto, o la confundieran con algo más. Sólo soy un feo caracol, pensó la tortuga, no soy más que una piedra tallada por las olas, un trozo de madera petrificada, eso lo que soy… ¡Que no se den cuenta que estoy acá! A través del hueco de su caparazón la tortuga vio como todas las linternas apuntaban hacia ella. No había escapatoria. Dos de los hombres lanzaron sobre su cuerpo una red para capturarla, y cuando la tortuga quiso darse cuenta ya estaba atrapada

entre aquellas redes.

-Con esta será suficiente, escuchó decir a uno de los cazadores furtivos.

-¡Llevémosla al barco!, dijo el otro.

Y así fue como atraparon a la tortuga, la cargaron en el bote, el motor fuera de borda se puso otra vez en marcha y de inmediato se alejaron de la playa rumbo al barco que esperaba en alta mar.

A la tortuga le resultó extraño viajar en un bote, había estado miles de veces en el mar, pero nunca así, arriba de un bote y encima capturada. Y si ustedes se preguntan si la tortuga tuvo miedo la respuesta es Sí. Tuvo mucho miedo: miedo de aquellos trajes amarillos, de la luz de las linternas, de la velocidad con la que la alejaban de su playa. De no volver a ver a su nuevo amigo el tigre. ¿Qué me van a hacer? se preguntó la tortuga al mirar a los hombres que iban con ella en aquel bote, y de pronto las sogas de las redes que la sujetaban se tensaron y su cuerpo comenzó a elevarse en el aire. La playa había quedado lejos ya. Muy lejos. Y ahora que la habían subido a cubierta uno de los hombres la tomó en sus manos y la miró a los ojos. La tortuga vio al hombre a la cara, había algo de mar en aquellos ojos azules, algo de espuma en su barba blanca, y las arrugan en su frente le hicieron pensar en las huellas que ella misma dejaba sobre la arena. El hombre puso a la tortuga sobre una balanza, y anotó su peso en una libretita que sacó de un bolsillo de su mameluco amarillo. La tortuga estaba aturdida, el viaje la había mareado, las luces en el barco la encandilaban, y de pronto se abrió una puerta. Uno de los hombres la empujó hacia el interior oscuro de una bodega, y la puerta volvió a cerrarse. Así, de estar en la playa con sus patas enterradas en la arena a estar atrapada en la bodega de aquel barco. La tortuga esperó unos segundos dentro de su caparazón, en el silencio de aquella bodega oscura. Era de noche afuera, y dentro de aquella bodega la noche era algo más: un silencio distinto, una soledad que nunca había sentido. Otra vez la tortuga pensó en el tigre. Su amigo el tigre. Y de pronto escuchó, en la oscuridad que la envolvía, voces que susurraban a su alrededor. La tortuga retrocedió: alguien más estaba allí, en la bodega, oculto en aquella oscuridad. Otra vez escuchó voces. La tortuga sintió pasos de varias criaturas acercarse a ella, lentamente, como al acecho. No podía verlas, pero sabía que estaban allí. Entonces cerró los ojos y pensó lo peor. Y cuando las tortugas piensan lo peor piensan en enormes dientes puntiagudos que destrozan su caparazón para comérselas. Una luz tenue se encendió cerca del techo. Entonces la tortuga pudo ver: otras tortugas iguales a ella, pero diferentes, la rodeaban y la miraban con suma atención. No parecían querer hacerle daño, pero tampoco decían nada ¿De dónde habían salido? Eran, al menos, veinte tortugas de playas distintas, y todas ellas habían sido capturadas por los cazadores furtivos vestidos con esos mamelucos amarillo. Algunas eran más grandes, otras más gordas, algunas tenían el caparazón más claro y otras eran tan pequeñitas

que parecían tortugas de juguete.

-¿Dónde estoy? Preguntó la tortuga con un hilo de voz.

La respuesta se hizo esperar, como si ninguna de todas esas tortugas se atreviera a responder.

-En un barco pirata, contestó al fin la tortuga mayor. Era una tortuga enorme, de color verde claro, y su voz era suave pero firme; la habían capturado cerca del mar Caribe, semanas atrás.

-Nos tienen prisioneras para vendernos a coleccionistas de animales exóticos, dijo alarmada otra tortuga más pequeña.

-¿Coleccionistas de animales exóticos? Preguntó confundida nuestra tortuga.

Y con el miedo en los ojos, el resto de las tortugas asintieron al mismo

tiempo, como si hubieran ensayado ese movimiento de ante mano. Entonces se dieron vuelta, todas las tortugas, y miraron hacia un rincón de la bodega. Allí había una jaula redonda, oculta por una lona. En su interior, algo temblaba y emitía un pitido. Piiiiiiiip.

-No sabemos que hay dentro de esa jaula, dijo la tortuga mayor, pero

creemos que tienen encerrado al Monstruo de las Profundidades.

El barco se sacudió de lado a lado, haciendo oscilar también la luz que

colgaba del techo. Un pitido volvió a escucharse desde aquel rincón de la bodega, por debajo de la lona, y la jaula volvió a temblar. El barco volvió a sacudirse, está vez con más fuerza, una tormenta se desataba con furia, y las tortugas comenzaron a moverse de acá para allá, chocando unas contra las otras, porque de repente el mar se había puesto muy bravo, y hacía que el barco se moviera tanto que la jaula donde los cazadores furtivos tenían encerrado al Monstruo de las Profundidades comenzó a rodar por el suelo. La lona se desprendió de la jaula, y después de dar varias vueltas la jaula se detuvo justo delante de donde estaba nuestra tortuga. El resto de las tortugas gritaron de miedo y corrieron hacia atrás. La luz en el techo proyectaba sombras aterradoras. Algo se movía en el interior de aquella jaula. La puerta se abrió. El Monstruo de las Profundidades quedaba libre, en la bodega del barco, donde estaban encerradas todas esas tortugas. ¡No había lugar donde esconderse, el Monstruo de las Profundidades las tenía a su merced! Pero nuestra tortuga se quedó allí parada, inmóvil, viendo unos ojos que brillaban dentro de la oscuridad de aquella jaula. El Monstruo de las Profundidades miraba también fijamente a la tortuga, como si fuese a atacarla en un instante,

como si fuese a devorarla de un bocado. Ahora la luz que colgaba del techo comenzó a dejar de oscilar, el barco se sacudía cada vez menos. La tortuga pudo verlo mejor: el Monstruo de las Profundidades era distinto a cualquier otro animal que la tortuga hubiera visto antes: parecía un pájaro, pero no era un pájaro; parecía un pez, pero tampoco lo era. El Monstruo de las Profundidades salió de la jaula, balanceándose graciosamente hacia los costados, miró a su alrededor, y un momento después, con una voz amistosa y finita, dijo:

-Lamento mucho haberlas asustado…

Todas las tortugas se sorprendieron al escuchar su voz. Nuestra tortuga miró a aquel Monstruo de las Profundidades, vio sus patas amarillas y con forma de patas de rana, su pecho blanco igual a la espuma de las olas, sus aletas negras alrededor del cuerpo, su cabeza de ave con su pico anaranjado.

-No tengan miedo, dijo el Monstruo de las Profundidades. No soy un Monstruo… solo soy un pingüino...

Las tortugas se acercaron para escucharlo mejor.

-¿Un pingüino? preguntó una de las tortugas pequeñitas, ¿Qué es eso?

Y de pronto volvió a escucharse un pitido y entonces una pequeña luz roja se encendió en la aleta de aquel pingüino.

-¡Eso que tiene ahí es una bomba! gritaron las tortugas, y todas volvieron a esconderse en el fondo de la bodega.

-¿Esto? preguntó el pingüino con tristeza… No… No es una bomba. Es un rastreador. Y tarde o temprano a todas ustedes van a colocarles uno igual.

El pingüino levantó su aleta y mostró una pequeña caja negra que le habían colocado. Era un dispositivo de GPS, que marcaba el lugar exacto donde se encontraba quien lo llevara puesto. Luego el pingüino se bamboleó hacia los costados y terminó de salir de su jaula. Al ver que no había peligro, el resto de las tortugas se acercaron a él.

-¡Tenemos que huir de este barco! gritó una de las tortugas.

-¡Si! ¡Antes que nos coloquen un rastreador a nosotras también! Dijo otra tortuga.

-¡Eso es un imposible!, dijo la tortuga mayor, ¿O acaso se olvidan que allá

afuera están los cazadores que nos atraparon…?

Todas las tortugas volvieron a quedarse calladas, y el silencio se hizo tan profundo que hasta podía escucharse el ruido del mar contra el casco del barco.

-Yo sé como escapar, dijo de pronto el pingüino.

Su voz era tranquila, demasiado tranquila para la situación en la que estaban.

-Mientras estuve encerrado en mi jaula tuve tiempo de pensar un plan…, y mirándolas a todas, agregó: pero para poder llevarlo a cabo ustedes tienen que confiar en mí…

Sin que se hubieran dado cuenta, se habían transformado en un equipo, dentro de aquella bodega, en medio de aquel mar enfurecido, porque entre el pingüino y todas esas tortugas ya comenzaba a forjarse esa clase de amistad que nace en los momentos más difíciles. Entonces las tortugas rodearon al pingüino, y escucharon con suma atención su plan…

Capítulo 3

Un pingüino muy valiente

Una tortuga se paró sobre los hombros de la tortuga mayor, que era la más grande y la más fuerte de todas ellas, y a su vez otra tortuga se paró sobre sus hombros, y así las tortugas fueron haciendo una montaña de tortugas. La tortuga más pequeñita comenzó a trepar esa montaña, hasta quedar en lo más alto, y haciendo equilibrio, aunque estuvo a punto de caerse, al fin alcanzó el herraje de la puerta para poder abrirla. ¡La primera parte del plan había resultado un éxito! Habían logrado abrir la puerta de aquella bodega. Pero ahora faltaba lo más difícil...

El pingüino, que no sabía correr muy rápido pero sí deslizarse de panza sobre cualquier superficie que estuviese mojada, se preparó para salir a cubierta. Antes miró a nuestra tortuga por un segundo a los ojos, y en aquel segundo, sin decir una sola palabra, la tortuga le deseó toda la suerte del mundo para lo que el pingüino estaba por hacer; entonces el pingüino tomó carrera y se lanzó hacia la cubierta del barco. Los cazadores furtivos de mameluco amarillo se sorprendieron al ver pasar al pingüino resbalando por cubierta y a toda velocidad, y comenzaron a perseguirlo: al hacerlo, uno de los tres hombres metió sin querer un pie en un balde, resbaló y cayó al suelo, y ya no pudo levantarse. El otro hombre se enredó en las redes, y cuanto más quería desprenderse de ellas más se enredaba. Pero el último hombre que quedaba todavía perseguía al pingüino por todos lados, y el pingüino se deslizaba apoyado sobre su panza, aprovechando que las olas chocaban y salpicaban la cubierta del barco.

-¡Ahora! gritó el pingüino, mientras iba de un lado al otro sin dejar que el cazador lo atrapara, ¡Prepárense! y a la pasada logró tomar una de las sogas que estaba en el suelo.

Entonces, sujetando la soga con firmeza, pasó frente a las tortugas que esperaban escondidas detrás de la puerta abierta de la bodega. La tortuga mayor tomó la soga que llevaba el pingüino, y el resto de las tortugas, de la más grande a la más pequeña, se tomaron de las manos, o mejor dicho de las patas, y con el impulso del pingüino todas las tortugas salieron disparadas hacia adelante, arrastradas por el pingüino que iba de acá para allá resbalando por el suelo. Hasta que todas ellas enfilaron hacia unos de los cajones de madera que usaron a modo de rampa…. el pingüino se hizo a un lado justo a tiempo… y con el impulso que traían todas las tortugas, tomaron aquella rampa a gran velocidad y volaron por el aire… más allá de cubierta… ¡y cayeron al agua! ¡Eran libres, otra vez, las tortugas!

El pingüino se preparó para saltar al agua él también, de un salto se paró sobre la caja de madera que habían utilizado las tortugas, pero el cazador

de mameluco amarillo lanzó unas redes y logró atraparlo justo cuando el pingüino estaba en el aire. El pingüino alcanzó a ver, en la superficie ondulante de las olas, como las tortugas se alejaban del barco. El plan había sido un éxito, las tortugas habían sido liberadas, pero nuestro pingüino había quedado atrapado en aquellas redes, a pocos metros del agua. ¡Que cerca había estado nuestro pingüino de lograrlo…! El cazador de mameluco amarillo se asomó por cubierta, y al ver al pingüino colgando en sus redes emitió un grito de satisfacción.

-¡Vas a pagar por lo que has hecho, pingüino…! Dijo el cazador.

Sin embargo, nuestro pingüino, atrapado en las redes como estaba, se sintió feliz por las tortugas que habían logrado escapar.

-Naden tortugas… murmuró el pingüino. Vuelvan a sus playas con sus

amigos. Y el rastreador en su aleta le respondió con el parpadeo de su luz roja.

Las tortugas nadaron todas juntas por un momento, pero luego se separaron

y cada una tomó un rumbo distinto, hacia la playa donde pertenecían. Ahora regresarían a sus hogares, con sus amigos. Nuestra tortuga en especial buscaría al tigre para contarle de esta nueva aventura.

¡Sí que había monstruos marinos en aquel barco! pensó nuestra tortuga al sumergirse en la profundidad del océano. ¡Monstruos marinos de mameluco amarillo....!

El jefe de los cazadores tenía la mirada encendida, los ojos enojados, apretaba las mandíbulas con rabia, porque todas esas tortugas que habían atrapado ahora nadaban libres por el océano. El pingüino supo que volverían a encerrarlo en aquella jaula, lo taparían con esa lona que no le permitía ver nada, y quedaría otra vez inmerso en la oscuridad de la bodega de aquel barco. Entonces cerró los ojos, y sintió como las redes le apretaban el cuerpo. Su corazón latía con fuerza. Pero ya no estaría solo, puesto que todas aquellas tortugas que él había ayudado a escapar, de ahora en adelante, lo acompañarían para siempre.

Los otros dos cazadores se acercaron a su jefe. Uno de ellos llevaba todavía su pie metido dentro de un balde, y caminaba con dificultad. Querían ayudar a su jefe a subir al pingüino a cubierta, pero él los detuvo. Y mirando a nuestro pingüino que colgaba en el aire atrapado en las redes, el jefe de los cazadores dijo:

-No regresarás a la bodega, pingüino… ya te has escapado de allí una

vez…

Los otros asintieron. Estaban furiosos, todos ellos.

-El rastreador de su aleta está en funcionamiento, dijo otro de los cazadores.

Uno de ellos se asomó por cubierta, vio al pingüino en el aire, moviéndose al compás del barco sacudido por las olas, y se fijó en su aleta. En efecto, el rastreador emitía a cada rato un pitido, y una luz roja se encendía.

-Funciona correctamente, jefe.

-Bien… entonces vamos a arrojarlo al agua, dijo el jefe de los cazadores furtivos.

Otro de los hombres tomó las redes, y con el pingüino adentro, arrojó todo al agua. Nuestro pingüino quedó flotando en el mar, dentro de aquellas redes que habían formado una especie de jaula que flotaba en el agua. Una soga gruesa comunicaba ahora su jaula acuática con la cubierta del barco, cosa de que nuestro pingüino viajara a la rastra por el mar hacia donde el barco lo llevase.

-Vas a quedarte allí, pingüino, flotando en el agua, hasta que lleguemos a nuestro puerto. Ahí vamos a venderte al mejor postor…

Los hombres festejaron las palabras de su jefe, y comenzaron a saltar torpemente y a cantar:

-Dinero, dinerito… solo eso necesito…

Y ahora con más fuerza gritaban y se abrazaban entre ellos:

-Dinero, dinerito… muy prontito seré rico…

Nuestro pingüino escuchó lo que cantaban los hombres, y sintió pena por ellos. Alzó la mirada, vio al cazador en jefe asomado por cubierta: sus ojos brillaban con malicia.

-Esta vez no podrás escaparte, pingüino… flotarás allí en esa jaula hasta que lleguemos a puerto… ¡Apuesto a que nos pagarán mucho dinero por un pingüino tan valiente…! Claro que sí… Eso será si no te descubre un tiburón antes… dicen que por estos mares los tiburones pueden detectar a una presa a miles de millas marinas de distancia…

Y el cazador en jefe comenzó a reírse con fuerza. Y el resto de los cazadores furtivos se rieron también con él.

Capítulo 4

Una gaviota se pierde en el mar

-¡Ya no puedo…!, pensaba la gaviota mientras hacía su mejor esfuerzo por seguir volando.

A su alrededor, un grupo de al menos cien gaviotas volaban junto a ella sobre el mar, envueltas en una brisa salada que las ayudaba a flotar en el aire cálido y húmedo de la noche. Se dirigían hacia el norte, hacía un clima más templado, dejando atrás los muelles del puerto donde había atracado el invierno. Si se las veía desde tierra firme, o en este caso desde el mar, las gaviotas formaban una enorme figura con forma de letra V en el cielo, aunque desprolija porque el viento a veces las desordenaba, pero luego ellas volvían a juntarse, a formar esa letra V donde cada una tomaba la posición que le correspondía: las más jóvenes volaban adelante, las más viejas volaban atrás. Pero si se prestaba atención, podía verse que una de las gaviotas se iba separando de aquel grupo, como si un hilo invisible la retuviera en el aire. Desde aquella gran altura por donde viajaban las gaviotas, el mar, allá abajo, parecía estarse quieto, como si estuviera dibujado, unas tiras largas y blancas se formaban en las crestas de las olas, y en el horizonte interminable, unos pequeños destellos lejanos y azules brillaban con alegría… ¡Pero nuestra gaviota no tenía tiempo de andar contemplando el paisaje! Ella se esforzaba por volar, por mantener el ritmo que sus compañeras le imponían, aunque sus alas estaban tan pesadas que apenas podía moverlas.

¡No puedo! Volvió a pensar preocupada la gaviota.

Levantó la mirada y agitó sus alas lo más rápido que pudo, pero el resto de sus compañeras seguían adelante, y nuestra gaviota comenzó a darse por vencida. Las otras gaviotas miraban todas hacia adelante, y no la veían quedarse cada vez más atrás, hasta que, en un determinado momento, sus compañeras de viaje se habían alejado tanto que ya casi no las podía ver.

Sólo quedan estrellas, pensó la gaviota, tristemente.

Y era verdad, ahora sólo quedaban aquellas estrellas que centellaban en el cielo como puntos azules de un mapa indescifrable. La gaviota se miró las alas, las vio manchadas de negro, pegajosas, pesadas. Esa era la razón por la que ya no podía volar: había tenido un accidente en el mar. Ella y sus compañeras habían emprendido la aventura de todos los años, volaban desde el muelle de aquel puerto donde vivían hacia un lugar más cálido, y para eso debían afrontar un viaje largo y peligroso, que involucraba cruzar el mar hacia esas playas de arenas blancas y agua tibiecita. Pero sucede que durante aquella tarde, las gaviotas más viejas

que eran también las más sabias, habían decidido hacer una pausa posándose en un islote que flotaba libremente en el mar. Y ahí estaban, todas ellas descansando en aquel islote que no era más grande que el patio de un colegio no muy grande, conversaban acerca de lo que suelen conversar las gaviotas a la hora de descansar, cuando una ola había acercado una inmensa mancha de aceite que había sido arrojada al agua por algún barco porta contenedores que surcaba el océano. Aquella mancha negra se había acercado a toda velocidad hacia las gaviotas, pero todas ellas habían logrado reaccionar a tiempo, dar aquel salto que las había salvado. Todas menos una: nuestra gaviota. En esos momentos, ella estaba distraída porque le estaba contando a una amiga gaviota la historia del viejo que se ganaba sus monedas tocando el piano en el muelle del puerto donde vivían, y tan entretenida estaba nuestra gaviota contando aquella historia del viejo y su piano y sus canciones, tan entusiasmada estaba tarareando la melodía que el viejo tocaba para los turistas que le dejaban monedas dentro del sombrero dado vuelta que dejaba en el suelo, que no vio la mancha de aceite venir hacia ella a toda velocidad, y la mancha de aceite la cubrió por completo. Todas las gaviotas lograron dar el salto a tiempo, elevarse de aquel islote que flotaba en el mar, agitar sus alas y volar lejos de aquella mancha. Pero esta gaviota no. La mancha de aceite la había empapado por completo, el aceite le había impregnado las plumas, y a partir de aquel momento su cuerpo se volvió mucho más pesado, y ya no pudo volar como solía hacerlo. Intentó seguirlas cuando todas ellas retomaron el viaje, pero sus compañeras comenzaron a alejarse tanto que nuestra gaviota ya no lograba verlas…

Ahora había quedado sola, en medio de la noche, había perdido también el rumbo, y estaba tan extenuada que le costaba tan solo mantenerse en el aire para no caer al mar.

-Me doy por vencida, pensó la gaviota, y se entregó al cansancio. Entonces dejó de moverse, y logró planear así algunos metros más, pero pronto comenzó a caer en picada y a toda velocidad.

Nuestro pingüino estaba en su jaula marina, flotando en el mar, atrapado en esas redes con las que los cazadores furtivos de mameluco amarillo lo tenían prisionero. Sin poder escapar a ningún sitio, arrastrado por el barco que viajaba a favor del viento, el pingüino pensaba en las tortugas, cada una de ellas debía estar llegando ya a las playas donde las habían capturado. De repente el pingüino vio algo en el cielo que le llamó mucho la atención, y cuando levantó la mirada se llevó un susto tremendo… ¡Algo venía hacia él a toda velocidad! Primero pensó que podía tratarse de una estrella fugaz, o lo que era peor, de un meteorito, y se preparó para la explosión. A todo esto, la gaviota caía en picada y a toda velocidad, y de repente impactó contra el agua, apenas a unos metros de la jaula marina

donde los cazadores furtivos tenían prisionero al pingüino. La caída había sido tan brusca que de inmediato la gaviota se hundió en las profundidades del mar. El pingüino miró hacia donde había caído ese objeto volador no identificado… y se quedó así, muy sorprendido y preocupado también, hasta que segundos después vio emerger entre las olas, muy cerca de su jaula marina, la cabeza de un ave extraña.

-Hola… dijo la gaviota, aturdida. Creo que ese no fue mi mejor aterrizaje…

Nuestro pingüino la miró, sin decir palabra. Le costaba creer lo que le mostraban sus ojos.

-¿Quién eres? Preguntó el pingüino, asombrado todavía. Era de noche, pero el reflejo de la luna los iluminaba a los dos.

-Soy una gaviota, dijo la gaviota.

Ella quiso abrir las alas para confirmar su respuesta, pero ya no tenía fuerzas para moverse. El pingüino reflexionó un momento. Luego dijo

-¿Estás segura que eres un ave…? Por lo que sé, las gaviotas viajan por el aire, no caen como piedras desde el cielo hacia el mar…

La gaviota se miró las alas manchadas de petróleo. El barco de los cazadores furtivos que arrastraba la jaula marina navegaba delante de ellos. Dentro del barco, los cazadores dormían ya, salvo el jefe de todos ellos que revisaba unas cartas de navegación desde la cabina de mando.

-¿Qué estás haciendo ahí? Preguntó la gaviota. Se refería a las redes que lo tenían prisionero.

-Me han atrapado, dijo el pingüino con resignación.

-Yo he perdido a mis compañeras, ¿no las has visto…? dijo la gaviota. Volaban todas juntas, en formación. Siempre volamos así... es una regla muy estricta… las más jóvenes van por delante y las más viejas por detrás… pero yo no pude seguirlas… sucede que, con estas alas… así como están…

-¿Hacia dónde te diriges? Preguntó el pingüino.

-Hacia el norte, donde el clima es cálido y podemos pasar allí todo el invierno. Es tan divertido estar allí… hay playas y palmeras y llegan aves de todas partes del mundo … La gaviota se detuvo. El barco y la jaula marina se alejaban, y ella se había quedado flotando sobre la superficie del mar, soñando despierta como solía hacerlo. Así que la gaviota comenzó a mover sus patas y con gran esfuerzo logró acercarse

otra vez al pingüino.

-¡Ey, pingüino!, dijo la gaviota cuando ya estuvo cerca, ¿Dónde es que te llevan?

-A tierra firme… contestó el pingüino.

-¡Oh, que bueno! dijo la gaviota.

-Ahí van a venderme a algún loco coleccionista de animales silvestres…

-¡Oh, que malo…! dijo ahora la gaviota. ¡Ey! ¡Pero yo puedo ayudarte!

La gaviota se paró sobre una de las redes, y con su largo pico comenzó a tirar de algunas cuerdas. No le costó mucho deshacer los nudos… cuando era más pequeña se pasaba horas viendo a los marineros en los muelles hacer y deshacer nudos de sogas como esas, incluso en sogas más gruesas. Un momento después, la gaviota logró hacer un hueco en las redes los suficientemente grande como para que nuestro pingüino pudiera escapar.

¡Y así lo hizo! Ahora la gaviota y el pingüino flotaban en el agua, libres los dos. Subían y bajaban con las olas, y el barco comenzó a alejarse cada vez más.

-¡Muchas gracias, gaviota! dijo el pingüino.

-No fue nada, dijo la gaviota muy contenta.

-Ahora podré regresar a mi casa, dijo el pingüino.

El barco de los cazadores furtivos se alejaba cada vez más, sin darse cuenta que la jaula donde habían encarcelado al pingüino había quedado vacía. La gaviota estaba a punto de preguntarle a su nuevo amigo si sabía dónde quedaba el norte, ya que desde la superficie del mar donde flotaban le resultaba muy difícil poder orientarse, cuando el pingüino dijo

-Gaviota, ojalá puedas reunirte con tus compañeras muy pronto….

-¡Ey! Espera, no te vayas tan rápido, dijo la gaviota.

Pero el pingüino se hundió y despareció bajo el agua.

-Bueno, dijo la gaviota, parece que otra vez me he quedado sola...

Miró hacia arriba, hacia el cielo, por donde había visto alejarse a sus compañeras. Luego bajó la mirada, y se quedó allí, flotando en la

inmensidad del océano, a merced de las olas que de vez en cuando la cubrían por completo.

Capítulo 5

La isla Tormenta

Habían pasado varias horas ya desde que el pingüino había emprendido el viaje de regreso a su hogar, dejando a la gaviota sola flotando en el mar. A cada momento la brisa traía un aire tibio y salado, y la gaviota pensaba en sus compañeras, en lo lejos que debían estar. El mar se había calmado ahora, como si se hubiera puesto a dormir, y la gaviota flotaba hamacada por las olas iluminada por el reflejo de la luna, que como un farol colgado en el cielo formaba un enorme círculo brillante a su alrededor. El barco de los cazadores furtivos había quedado muy lejos, ya no representaba amenaza alguna, tan solo era un diminuto punto de luz en el horizonte. Cada tanto la gaviota se sacudía para no sucumbir al sueño, estiraba el cuello y movía la cabeza de lado a lado, pero el esfuerzo de haber intentado volar con las alas manchadas de petróleo había sido demasiado grande, y cada vez se sentía más cansada. Miró hacia el cielo, le pareció que las estrellas se movían, una enorme letra V hecha de brillantes puntos azules aparecía de pronto en el manto negro de la noche, como si las estrellas volaran en formación también, igual que solía volar la gaviota junto a sus compañeras. Pero supo que soñaba, y cuando volvió a verlas, todas las estrellas volvieron rápidamente a ocupar su lugar en el cielo. Todavía faltaban algunas horas para que amaneciera, y si la gaviota se quedaba dormida sería entonces arrastrada por la corriente hacia el interior del océano, y de ese modo ya no podría orientarse y reencontrarse con el resto de sus compañeras nunca más.

En eso estaba, nuestra gaviota, luchando por no quedarse dormida, en medio de la soledad del mar, cuando alguien la tomó de una pata y la hundió en el agua. La gaviota se despertó de repente, llena de miedo. No podía ver nada en esa agua agitada y oscura donde la habían sumergido.

¡Tiburones!, pensó la gaviota.

Ahora sería la cena de algún enorme y hambriento tiburón blanco. Y cuando ya pensaba que unos filosos y puntiagudos dientes iban a despedazarla, la imagen del pingüino que había ayudado a escapar anteriormente apareció delante de sus ojos, y los dos salieron a la superficie.

-¡Que suerte que te he encontrado! dijo nuestro pingüino.

-¡Me has dado un susto tremendo! dijo la gaviota.

-Creo que no he sido justo contigo, dijo el pingüino. No podía irme y

dejarte sola aquí, en medio de la nada.

La gaviota miró a su alrededor, el mar estaba tranquilo, como si durmiera con la noche.

-Además…, dijo el pingüino, yo también estoy perdido…

Y al decir esto, el rastreador que los cazadores furtivos le habían colocado en una de sus aletas parpadeó con su luz roja y emitió un pitido.

-¡Ey! ¿Qué cosa es eso?, preguntó la gaviota.

-Es un rastreador, respondió con tristeza el pingüino. Me lo han colocado esos cazadores del barco…

-¡¿Eso quiere decir que ellos pueden saber dónde estás?!

-Eso creo… contestó el pingüino.

-¡Ey! ¡Eso es tremendo!, dijo alarmada la gaviota. En cuanto esos cazadores se den cuenta que te has escapado vendrán por ti… ¡Y también vendrán por mí…!

-Pero ustedes si saben orientarse, ¿verdad gaviota…? Preguntó esperanzado el pingüino. Yo las he visto volar muy alto… y desaparecer en el cielo.

La gaviota levantó la mirada. Las estrellas eran su guía. Ella sabía exactamente hacia dónde había que ir para llegar a tierra firme… pero con el petróleo en sus alas no podía volar.

-De qué sirve poder orientarme… así como estoy no puedo ir a ningún sitio, se lamentó la gaviota.

-Pues tengo una idea, dijo el pingüino muy entusiasmado. Puedes montarte sobre mí… ¡yo puedo nadar y tú me guías!

-Es una excelente idea, dijo la gaviota. Además, debemos alejarnos pronto de aquí… con ese rastreador que llevas puesto, los cazadores vendrán a buscarte en cualquier momento…

El pingüino pensó un momento, y tuvo una gran idea.

-Si llegamos a la isla correcta, creo que ya sé quién podrá ayudarnos.

Y así la gaviota se montó sobre el pingüino, que había quedado bajo el agua, aunque cada tanto sacaba la cabeza para poder respirar y escuchar las indicaciones que le daba la gaviota. Y ella lo fue guiando a través de

las olas, hacia las playas que buscaban.

Entonces viajaron juntos durante toda la noche…

A cada momento la gaviota levantaba la mirada hacia las estrellas, y las estrellas parecían entonces un mapa de puntos luminosos.

En un momento dado, un grupo de delfines se les unió en el recorrido. Nadaban muy rápido esos delfines, como si tuvieran una hélice en la cola, y emitían unos sonidos que sólo ellos entendían. Parecía que reían todo el tiempo los delfines, como si su lenguaje estuviera hecho de risas. El pingüino y la gaviota compartieron un trayecto con ellos, hasta que los delfines se despidieron y tomaron otro rumbo.

Al amanecer, el pingüino y la gaviota llegaron a las costas de una isla de arenas blancas. Era la Isla Tormenta.

Pero lo que no sabían era que en esa isla vivía un tigre. Y que a ese tigre no le gustaba nada de nada la presencia de otros animales extraños que merodearan por ahí…

-Al fin hemos llegado, dijo exhausto el pingüino. Aquí estaremos a salvo…

La gaviota pisó tierra firme, y sus huellas quedaron marcadas en la arena. Eso le dio una idea…

-Creo que esto podría funcionar, se dijo la gaviota esperanzada.

Y comenzó a revolcarse en la arena, dando vueltas, levantando una nube a su alrededor, y poco a poco fue quitándose el petróleo que le manchaba las alas… hasta quedar completamente limpia. Entonces dio dos o tres pasos rápidos, agitó sus alas y se elevó en el aire.

-¡Ya puedo volar! ¡Ey, pingüino! ¡Puedo volar otra vez…!

El pingüino vio a la gaviota muy divertida ir y venir por sobre su cabeza. Ella se elevaba unos metros en el aire y aterrizaba sobre la arena, y volvía a elevarse y volvía a aterrizar.

-Ahora podré regresar con mis compañeras, dijo la gaviota aliviada. Cuando las alcance, voy a pasarme el verano entero tirada en la arena y voy contarles acerca de todo esto, del mar, de los delfines, del barco de cazadores que te tenía prisionero… seguro que nadie tiene una historia así… ¡Ey, pingüino! ¡Voy a ser la más popular de todas las gaviotas!

El pingüino miraba seriamente más allá de su amiga: observaba con

atención el bosque que circundaba la playa.

-Me temo que esta aventura no ha terminado aún, dijo el pingüino con voz de estar preocupado por algo. Debemos entrar, es por ahí.

La gaviota abandonó la fantasía con la que había comenzado a soñar despierta y prestó atención a lo que el pingüino decía.

-¿Vamos a entrar a ese bosque? Preguntó la gaviota asustada. Eso parece muy peligroso.

-Tal vez lo sea, dijo el pingüino. Pero debo encontrar a una tortuga. Ella es mi amiga, y es muy inteligente. Es mi única esperanza… Ella sabrá como podré librarme de este rastreador que me han colocado los cazadores furtivos en mi pobre aletita… Y mirando a la gaviota, el pingüino agregó:

-Ya puedes volar, gaviota, así que ahora regresarás con tus compañeras. Entiendo que no quieras acompañarme, de veras que lo entiendo. Puedes irte, de aquí en más continuaré solo… Y poniendo una voz aún más solemne, como si dijera un discurso frente a una multitud, continuó:

-Entonces me enfrentaré a los peligros que mi destino me depare, vaya a saber qué criaturas acechan en ese bosque… y seré valiente ante las terribles amenazas que pueda encontrar en mi camino...

El pingüino permaneció muy serio, y quieto, mirando de reojo a su amiga la gaviota, esperando que sus palabras la hubieran conmovido.

La gaviota pensó un momento. Luego extendió las alas y las vio durante unos largos segundos.

-Mucha suerte pingüino…, respondió indiferente la gaviota, espero que encuentres a esa tortuga que tanto buscas… y que ella pueda ayudarte con ese rastreador que llevas puesto…

La gaviota hizo una pausa, vio la cara de susto que tenía el pingüino al saber que de ahora en adelante se quedaba solo. Y al cabo de unos segundos agregó:

-¡Ey, pingüino! ¡Es una broma…! claro que voy a acompañarte, vamos, entremos a ese bosque, esa tortuga no debe andar muy lejos… además ya tengo hambre…

Y los dos atravesaron juntos la playa, rumbo hacia la penumbra de aquel bosque.

Lo que no sabían era que desde la oscuridad de los árboles, alguien los observaba. Un par de ojos brillantes siguieron los pasos del pingüino y la tortuga.

Eran los ojos de un tigre. Enorme, fuerte y salvaje, que los vigilaba.

Capítulo 6

Como sonríen las tortugas

Capítulo Uno. Cómo sonríen las tortugas

El tigre miró a su alrededor, con ojos de tigre cansado, buscando un poco de agua que beber. Ya se hacía de noche, la luna aparecía y desaparecía entre la fronda de los árboles en aquel bosque donde vivía. Las lluvias se habían ausentado desde hacía mucho tiempo, tanto que el tigre había perdido la cuenta de los días, y los pocos charcos de agua que había encontrado se habían convertido en barro seco. Entonces se preguntó si era buena idea seguir adelante, tal vez lo mejor sería regresar a esas rocas filosas donde se echaba a veces a descansar, y esperar a que en el cielo apareciera una nueva luna que le trajera mejor suerte. Pero en el fondo sabía que no podía darse ese lujo, se sentía muy débil, y temía que al día siguiente fuese a sentirse peor. Si no encontraba un poco de agua dulce pronto, ya no le quedarían fuerzas ni siquiera para caminar. De pronto escuchó un ruido al costado del sendero donde se había detenido… algo se movía entre las hojas. Inmóvil en la penumbra de la noche, el tigre agudizó la vista, tanto que dejó de ver; ahora sus orejas captaban mínimos movimientos en la oscuridad. Alguien más estaba ahí. Tal vez era otro tigre como él. Un cosquilleo le corrió entre las manchas negras de su piel dorada. Y de repente experimentó algo que no había sentido nunca. Tuvo miedo. Escuchó otro ruido, una pisada cerca suyo. Si alguien lo atacaba, en el estado en el que estaba no podría defenderse. Era la primera vez en su vida que el tigre tenía miedo… por lo general era él quién generaba miedo en los otros… así que esto es lo que se siente…, se dijo el tigre. Ahora podía comprender a esas liebres traviesas, a los ciervos pensativos, a esos cerditos curiosos que salían corriendo en cuanto lo veían cerca por el bosque. De inmediato pensó en su hermano tigre, tal vez era él quien lo vigilaba, pero hacía tanto tiempo que no lo veía que también su hermano tigre había pasado a ser un extraño compitiendo por un poco de agua. Además de ver con las orejas, ahora el tigre veía también con la nariz: sí, había olor a otro animal por el sendero. Ya no cabían dudas, alguien más andaba por ahí. Pero las pisadas que recién había escuchado eran ligeras, no eran pisadas de un animal corpulento. Un zorro, pensó el tigre. Tal vez sea un zorro. En otro momento no hubiera temido cruzarse con un zorro, pero por lo débil que se sentía, un zorro podía ser un feroz competidor.

Decidió entonces seguir camino, alejarse de aquel lugar, dar esos cuatro pasos que se repetían en otros cuatro pasos, por aquel sendero alumbrado de a tramos con la luz blanca de la noche, mientras que unas sombras arabescas se desparramaban por el suelo, vibrando cuando el

viento agitaba las ramas de los árboles.

Durante horas el tigre caminó sin encontrar una sola gota de agua, y comenzó a alejarse cada vez más de sus zonas conocidas dentro del bosque. Hasta que llegó a un lugar en el que no había estado nunca. Con sorpresa vio lo que en un principio le pareció imposible: el bosque que tanto conocía, de pronto se terminaba. Y más allá, frente a sus ojos, aparecía una superficie sin árboles, ni plantas, lisa, plateada y brillante, muy distinta a todo lo conocido. El tigre había descubierto la playa. Alzó la mirada, y encontró dos lunas, una en lo alto del cielo, la otra, temblorosa, reflejada en el horizonte. Un rugido ensordecedor que provenía de todos lados envolvía el aire y no lo dejaba pensar. Qué animal podía tener aquella voz tan poderosa, el tigre nunca había escuchado algo así. Miró el suelo, pisó con desconfianza aquella superficie plateada y maravillosa, y al dar algunos pasos noto como sus patas se hundían en la arena blanda. Así, envuelto en la adrenalina de lo nuevo, dejó atrás el bosque y su penumbra silenciosa, y comenzó a avanzar por aquel lugar fascinante donde la noche se hacía brillante y plana, y sin final. Al levantar la mirada, encontró que se unían, en lo interminable del horizonte, el cielo y la tierra, en un mismo color azul. Ya había descubierto la playa, el tigre, ahora descubría el mar. Sin embargo, al principio no le gustó ver sus huellas en la arena, dejar semejante rastro lo delataba, pero comprendió que no había otro modo de avanzar. Por otro lado, esas mismas huellas le permitirían rehacer sus pasos y poder regresar al bosque. Entusiasmado, logró olvidarse por un momento de la sed que lo apremiaba, y quiso saber qué era ese lugar sin árboles ni plantas, con ese suelo brillante y movedizo, tan distinto a la tierra firme del bosque. Entonces encontró al dueño de aquel rugido ensordecedor que se propagaba por el aire, una inmensa masa de agua se acercaba a la orilla, arrugándose en pequeñísimas olas, y de pronto retrocedía temeroso del nuevo visitante, para luego avanzar otra vez. Era tan grande el mar, y tan imponente, que el tigre quiso huir, regresar a los senderos conocidos de su bosque, a la seguridad de su roca. Pero sus ojos quedaron encantados con lo que veían, sus orejas se acostumbraban de a poco a aquel rugido, y después de unos segundos, se atrevió a acercarse aún más. El tigre observaba el mar, con el respeto que se le tienen a las cosas peligrosas, cuando algo interrumpió el paisaje: una tortuga apareció por detrás, se arrastraba por la arena, a tan solo unos metros de donde él estaba parado. El tigre sintió las irrefrenables ganas de saltar y ponerle una pata encima, pero no para comerla, una tortuga no iría a servirle de nada, con ese caparazón tan duro igual a la corteza de los árboles, sino para hacerle saber que él seguía siendo el más feroz entre todos los animales. Como el bosque que habitaba, ahora que estaba ahí, aquel lugar también le pertenecía. Qué fácil sería atraparla, pensó el tigre, es como todas las tortugas, lenta y tonta. Entonces el tigre se agazapó y preparó el zarpazo. La tortuga parecía caminar hacia la oscuridad del mar, no le prestaba atención al tigre, avanzaba con dificultad mientras sus patas pesadas se enredaban de a ratos en la arena. Finalmente, la tortuga logró llegar hasta la orilla, el

tigre la observaba ahora con cierta admiración, ella esperaba el momento indicado. Cuando una ola cubrió su caparazón, la tortuga desapareció bajo la espuma. El tigre se quedó inmóvil, sorprendido primero, luego envidioso del coraje de aquella tortuga, que había enfrentado al mar ella sola, pura valentía. No daba crédito a sus ojos, por primera vez en su vida había encontrado alguien más valiente que él. Sintió su sangre correr por todo el cuerpo, como cuando estaba a punto de dar el salto final tras perseguir a una presa, y tuvo deseos de rugir, más fuerte de lo que rugía el mar. Si la tortuga había podido enfrentar su miedo, él también podría, para eso había nacido tigre, todos los demás animales lo respetaban por no temerle a nada, y el mar también lo iría a respetar. El tigre miró las olas, no había imaginado nunca algo así, y sin pensarlo dos veces corrió él también hacia el mar. Dio un salto, sintió el frio del agua en la piel, y dio otro salto más para no dejarse atrapar por las olas. Pronto su cuerpo entero estaba bajo el agua, en medio de aquel rugido interminable y ensordecedor que se mezclaba con su propio rugido. El tigre se hundía en el agua, sin nada que pudiera hacer. Burbujas de aire comenzaron a salir de su nariz, y aunque sus patas luchaban todavía para salir a flote no encontraban nada de donde aferrarse. El tigre se hundía cada vez más, el mar lo sacudía y lo mareaba, y sus movimientos frenéticos sólo le restaban las pocas fuerzas que le quedaban. Atrapado entre las olas, allí, solitario y final, de pronto la noche fue un silencio oscuro y distinto, una soledad en la que no había estado nunca. Y en esa soledad oscura y distinta, el tigre comprendió que no había forma de escapar. No se podía luchar contra el mar, el agua se dividía entre sus patas, y en aquel momento pensó en los senderos del bosque, en el destino de tigre que lo había llevado hasta ahí. Ahora luchaba por sobrevivir, pero el mar, indiferente, no luchaba contra el tigre, y era por eso que se lo tragaba de a poco; cuanto más se movía el tigre, más rápido se quedaba sin aire, y ya no había nada más que pudiera hacer. Entonces el tigre se dejó caer, vencido ya, hacía aquel abismo arremolinado e interminable del fondo del mar. Se hundía en la ternura del agua, el tigre, en las corrientes submarinas, se acostumbraban al fin sus ojos a tanta oscuridad, cuando de pronto sintió que algo lo arrastraba. El tigre no comprendió qué sucedía, hasta que sus ojos vieron en el cielo brumoso por encima de su cabeza una mancha blanca que se hizo cada vez más grande y luminosa, y al sacar la cabeza fuera del agua descubrió la luna, y respiró. Fue una bocanada de aire fresco que lo devolvió a la vida. La tortuga lo había salvado, había sido ella quien lo había rescatado desde las profundidades, pero ahora la tortuga luchaba contra la corriente, porque el cuerpo del tigre le resultaba demasiado pesado. Aunque sabía moverse en el agua, y conocía el mar y la fuerza de las olas, la tortuga apenas lograba sostenerse a flote. Sin embargo, con mucho esfuerzo pudo llevar al tigre a tierra firme, y con el poco aliento que le quedaba, los dos lograron salir del agua. La tortuga dio varios pasos y se dejó caer sobre la arena, donde las olas no podían alcanzarla. El tigre se sentó junto a ella. También estaba exhausto, si apenas podía levantar la cabeza y mantener los ojos

abiertos.

-Tortuga, alcanzó a susurrar el tigre cuando recuperó un poco el aliento.

Prometo ser tu amigo para siempre.

La tortuga se echó de espaldas en la arena, y con esos ojos lentos que tienen las tortugas, capaz de retener aquella imagen durante siglos, quiso presentarse, pero ya no tenía fuerzas ni siquiera para poder hablar. Con una de sus patas, señaló hacia esos árboles que el tigre tampoco había visto nunca. Eran palmeras. La tortuga, como pudo, le hizo la seña de que observara los cocos que crecían allí arriba.

Ahí dentro hay agua dulce, dijo la tortuga lentamente. Sólo tienes que treparte para poder beber.

Cuando el tigre sintió que podía hacerlo, se levantó y comenzó a caminar hacia las palmeras. Trepó ayudándose de sus garras, y de un zarpazo dejó caer un coco al suelo. Luego bajó, y con su potente mandíbula lo rompió en pedazos. En efecto, dentro había un agua clara, dulce, que se podía beber. Antes de internarse en la penumbra del bosque, miró por última vez hacia la playa, y buscó a la tortuga. A su manera, con su mirada, el tigre le dio las gracias por haberlo salvado.

Poco después, la tortuga sintió la espuma de las olas que llegaban hasta ella, y supo que debía regresar al mar; si se quedaba ahí en la playa corría el riesgo de que algún otro animal fuera a atraparla. Giró para ver el bosque, le parecía ver todavía las huellas del tigre sobre la arena.

Y sonrío, como suelen sonreír las tortugas después de salvarle la vida a un tigre.

Capítulo dos. Cazadores furtivos.

Todavía era de noche cuando la tortuga despertó. Estaba en la playa, a la orilla de ese mar. Se había quedado dormida a causa del esfuerzo que había realizado, se sentía cansada y débil, y por más que lo intentara no podía darse cuenta donde terminaba el cielo y donde comenzaba el mar; unas olas diminutas se arrugaban y se desarrugaban al llegar a la orilla, y al hacerlo enterraban las patas de la tortuga en la arena. El viento levantaba una espuma blanca y fosforescente en el aire, y aquel rugido le hacía pensar en su amigo el tigre. De vez en cuando alguna ola más grande la envolvía por completo, y su caparazón quedaba, por algunos segundos, oculto por telarañas de espuma brillante. Cuando el mar se retiraba, la tortuga lograba ver por un momento el cielo, que a esa hora de la noche era, todavía, de un solo color. La oscuridad del bosque, detrás

de ella, avanzaba de a poco sobre la playa, y los peligros de la noche la mantenían en alerta. La tortuga volvió a mirar el cielo, y de pronto una luz blanca por encima del mar le llamó la atención. Aquello no podía ser el sol, aquel punto luminoso en el horizonte de pronto se hacía más y más grande, más redondo y más potente, tanto que la tortuga no podía dejar de mirarlo.

Mar adentro, un barco subía y bajaba con las olas, y de vez en cuando se balanceaba hacia los costados, pero otra vez recuperaba el equilibrio. La luz que había visto la tortuga desaparecía y volvía a aparecer. Dentro de aquel barco viajaban varios hombres. Eran cazadores furtivos. Y nadie sabía bien qué clase de animales estaban cazando en el mar. De pronto un bote se desprendió del barco, y minutos después, con el sonido del motor fuera de borda atravesando la noche, el bote alcanzó la costa donde estaba la tortuga. Así de rápido llegaron los cazadores a la playa. La tortuga pudo ver que los tres hombres estaban vestidos igual: mamelucos amarillos, guantes de goma, y botas de lluvia. Era la primera vez que la tortuga veía a humanos caminar sobre su playa, y algo dentro de ella le decía que esos hombres eran peligrosos. Los hombres bajaron del bote, dieron algunos pasos sobre la arena mojada, con sus linternas alumbraban hacia todas partes, hasta que uno de los hombres la encontró. La tortuga escondió la cabeza y las patas dentro del caparazón, como si de aquel modo pudiera volverse invisible, y se quedó inmóvil con la esperanza de que no la hubieran visto, o la confundieran con algo más. Sólo soy un feo caracol, pensó la tortuga, no soy más que una piedra tallada por las olas, un trozo de madera petrificada, eso lo que soy… ¡Que no se den cuenta que estoy acá! A través del hueco de su caparazón la tortuga vio como todas las linternas apuntaban hacia ella. No había escapatoria. Dos de los hombres lanzaron sobre su cuerpo una red para capturarla, y cuando la tortuga quiso darse cuenta ya estaba atrapada entre aquellas redes.

-Con esta será suficiente, escuchó decir a uno de los cazadores furtivos.

-¡Llevémosla al barco!, dijo el otro.

Y así fue como atraparon a la tortuga, la cargaron en el bote, el motor fuera de borda se puso otra vez en marcha y de inmediato se alejaron de la playa rumbo al barco que esperaba en alta mar.

A la tortuga le resultó extraño viajar en un bote, había estado miles de veces en el mar, pero nunca así, arriba de un bote y encima capturada. Y si ustedes se preguntan si la tortuga tuvo miedo la respuesta es Sí. Tuvo mucho miedo: miedo de aquellos trajes amarillos, de la luz de las linternas, de la velocidad con la que la alejaban de su playa. De no volver a ver a su nuevo amigo el tigre. ¿Qué me van a hacer? se preguntó la tortuga al mirar a los hombres que iban con ella en aquel bote, y de pronto las sogas de las redes que la sujetaban se tensaron y su cuerpo

comenzó a elevarse en el aire. La playa había quedado lejos ya. Muy lejos. Y ahora que la habían subido a cubierta uno de los hombres la tomó en sus manos y la miró a los ojos. La tortuga vio al hombre a la cara, había algo de mar en aquellos ojos azules, algo de espuma en su barba blanca, y las arrugan en su frente le hicieron pensar en las huellas que ella misma dejaba sobre la arena. El hombre puso a la tortuga sobre una balanza, y anotó su peso en una libretita que sacó de un bolsillo de su mameluco amarillo. La tortuga estaba aturdida, el viaje la había mareado, las luces en el barco la encandilaban, y de pronto se abrió una puerta. Uno de los hombres la empujó hacia el interior oscuro de una bodega, y la puerta volvió a cerrarse. Así, de estar en la playa con sus patas enterradas en la arena a estar atrapada en la bodega de aquel barco. La tortuga esperó unos segundos dentro de su caparazón, en el silencio de aquella bodega oscura. Era de noche afuera, y dentro de aquella bodega la noche era algo más: un silencio distinto, una soledad que nunca había sentido. Otra vez la tortuga pensó en el tigre. Su amigo el tigre. Y de pronto escuchó, en la oscuridad que la envolvía, voces que susurraban a su alrededor. La tortuga retrocedió: alguien más estaba allí, en la bodega, oculto en aquella oscuridad. Otra vez escuchó voces. La tortuga sintió pasos de varias criaturas acercarse a ella, lentamente, como al acecho. No podía verlas, pero sabía que estaban allí. Entonces cerró los ojos y pensó lo peor. Y cuando las tortugas piensan lo peor piensan en enormes dientes puntiagudos que destrozan su caparazón para comérselas. Una luz tenue se encendió cerca del techo. Entonces la tortuga pudo ver: otras tortugas iguales a ella, pero diferentes, la rodeaban y la miraban con suma atención. No parecían querer hacerle daño, pero tampoco decían nada ¿De dónde habían salido? Eran, al menos, veinte tortugas de playas distintas, y todas ellas habían sido capturadas por los cazadores furtivos vestidos con esos mamelucos amarillo. Algunas eran más grandes, otras más gordas, algunas tenían el caparazón más claro y otras eran tan pequeñitas que parecían tortugas de juguete.

-¿Dónde estoy? Preguntó la tortuga con un hilo de voz.

La respuesta se hizo esperar, como si ninguna de todas esas tortugas se atreviera a responder.

-En un barco pirata, contestó al fin la tortuga mayor. Era una tortuga enorme, de color verde claro, y su voz era suave pero firme; la habían capturado cerca del mar Caribe, semanas atrás.

-Nos tienen prisioneras para vendernos a coleccionistas de animales exóticos, dijo alarmada otra tortuga más pequeña.

-¿Coleccionistas de animales exóticos? Preguntó confundida nuestra tortuga.

Y con el miedo en los ojos, el resto de las tortugas asintieron al mismo

tiempo, como si hubieran ensayado ese movimiento de ante mano. Entonces se dieron vuelta, todas las tortugas, y miraron hacia un rincón de la bodega. Allí había una jaula redonda, oculta por una lona. En su interior, algo temblaba y emitía un pitido. Piiiiiiiip.

-No sabemos que hay dentro de esa jaula, dijo la tortuga mayor, pero

creemos que tienen encerrado al Monstruo de las Profundidades.

El barco se sacudió de lado a lado, haciendo oscilar también la luz que

colgaba del techo. Un pitido volvió a escucharse desde aquel rincón de la bodega, por debajo de la lona, y la jaula volvió a temblar. El barco volvió a sacudirse, está vez con más fuerza, una tormenta se desataba con furia, y las tortugas comenzaron a moverse de acá para allá, chocando unas contra las otras, porque de repente el mar se había puesto muy bravo, y hacía que el barco se moviera tanto que la jaula donde los cazadores furtivos tenían encerrado al Monstruo de las Profundidades comenzó a rodar por el suelo. La lona se desprendió de la jaula, y después de dar varias vueltas la jaula se detuvo justo delante de donde estaba nuestra tortuga. El resto de las tortugas gritaron de miedo y corrieron hacia atrás. La luz en el techo proyectaba sombras aterradoras. Algo se movía en el interior de aquella jaula. La puerta se abrió. El Monstruo de las Profundidades quedaba libre, en la bodega del barco, donde estaban encerradas todas esas tortugas. ¡No había lugar donde esconderse, el Monstruo de las Profundidades las tenía a su merced! Pero nuestra tortuga se quedó allí parada, inmóvil, viendo unos ojos que brillaban dentro de la oscuridad de aquella jaula. El Monstruo de las Profundidades miraba también fijamente a la tortuga, como si fuese a atacarla en un instante, como si fuese a devorarla de un bocado. Ahora la luz que colgaba del techo comenzó a dejar de oscilar, el barco se sacudía cada vez menos. La tortuga pudo verlo mejor: el Monstruo de las Profundidades era distinto a cualquier otro animal que la tortuga hubiera visto antes: parecía un pájaro, pero no era un pájaro; parecía un pez, pero tampoco lo era. El Monstruo de las Profundidades salió de la jaula, balanceándose graciosamente hacia los costados, miró a su alrededor, y un momento después, con una voz amistosa y finita, dijo:

-Lamento mucho haberlas asustado…

Todas las tortugas se sorprendieron al escuchar su voz. Nuestra tortuga miró a aquel Monstruo de las Profundidades, vio sus patas amarillas y con forma de patas de rana, su pecho blanco igual a la espuma de las olas, sus aletas negras alrededor del cuerpo, su cabeza de ave con su pico

anaranjado.

-No tengan miedo, dijo el Monstruo de las Profundidades. No soy un Monstruo… solo soy un pingüino...

Las tortugas se acercaron para escucharlo mejor.

-¿Un pingüino? preguntó una de las tortugas pequeñitas, ¿Qué es eso?

Y de pronto volvió a escucharse un pitido y entonces una pequeña luz roja se encendió en la aleta de aquel pingüino.

-¡Eso que tiene ahí es una bomba! gritaron las tortugas, y todas volvieron a esconderse en el fondo de la bodega.

-¿Esto? preguntó el pingüino con tristeza… No… No es una bomba. Es un rastreador. Y tarde o temprano a todas ustedes van a colocarles uno igual.

El pingüino levantó su aleta y mostró una pequeña caja negra que le habían colocado. Era un dispositivo de GPS, que marcaba el lugar exacto donde se encontraba quien lo llevara puesto. Luego el pingüino se bamboleó hacia los costados y terminó de salir de su jaula. Al ver que no había peligro, el resto de las tortugas se acercaron a él.

-¡Tenemos que huir de este barco! gritó una de las tortugas.

-¡Si! ¡Antes que nos coloquen un rastreador a nosotras también! Dijo otra tortuga.

-¡Eso es un imposible!, dijo la tortuga mayor, ¿O acaso se olvidan que allá afuera están los cazadores que nos atraparon…?

Todas las tortugas volvieron a quedarse calladas, y el silencio se hizo tan profundo que hasta podía escucharse el ruido del mar contra el casco del barco.

-Yo sé como escapar, dijo de pronto el pingüino.

Su voz era tranquila, demasiado tranquila para la situación en la que estaban.

-Mientras estuve encerrado en mi jaula tuve tiempo de pensar un plan…, y mirándolas a todas, agregó: pero para poder llevarlo a cabo ustedes tienen que confiar en mí…

Sin que se hubieran dado cuenta, se habían transformado en un equipo, dentro de aquella bodega, en medio de aquel mar enfurecido, porque

entre el pingüino y todas esas tortugas ya comenzaba a forjarse esa clase de amistad que nace en los momentos más difíciles. Entonces las tortugas rodearon al pingüino, y escucharon con suma atención su plan…

Capítulo Tres. Un pingüino muy valiente

Una tortuga se paró sobre los hombros de la tortuga mayor, que era la más grande y la más fuerte de todas ellas, y a su vez otra tortuga se paró sobre sus hombros, y así las tortugas fueron haciendo una montaña de tortugas. La tortuga más pequeñita comenzó a trepar esa montaña, hasta quedar en lo más alto, y haciendo equilibrio, aunque estuvo a punto de caerse, al fin alcanzó el herraje de la puerta para poder abrirla. ¡La primera parte del plan había resultado un éxito! Habían logrado abrir la puerta de aquella bodega. Pero ahora faltaba lo más difícil...

El pingüino, que no sabía correr muy rápido pero sí deslizarse de panza sobre cualquier superficie que estuviese mojada, se preparó para salir a cubierta. Antes miró a nuestra tortuga por un segundo a los ojos, y en aquel segundo, sin decir una sola palabra, la tortuga le deseó toda la suerte del mundo para lo que el pingüino estaba por hacer; entonces el pingüino tomó carrera y se lanzó hacia la cubierta del barco. Los cazadores furtivos de mameluco amarillo se sorprendieron al ver pasar al pingüino resbalando por cubierta y a toda velocidad, y comenzaron a perseguirlo: al hacerlo, uno de los tres hombres metió sin querer un pie en un balde, resbaló y cayó al suelo, y ya no pudo levantarse. El otro hombre se enredó en las redes, y cuanto más quería desprenderse de ellas más se enredaba. Pero el último hombre que quedaba todavía perseguía al pingüino por todos lados, y el pingüino se deslizaba apoyado sobre su panza, aprovechando que las olas chocaban y salpicaban la cubierta del barco.

-¡Ahora! gritó el pingüino, mientras iba de un lado al otro sin dejar que el cazador lo atrapara, ¡Prepárense! y a la pasada logró tomar una de las sogas que estaba en el suelo.

Entonces, sujetando la soga con firmeza, pasó frente a las tortugas que esperaban escondidas detrás de la puerta abierta de la bodega. La tortuga mayor tomó la soga que llevaba el pingüino, y el resto de las tortugas, de la más grande a la más pequeña, se tomaron de las manos, o mejor dicho de las patas, y con el impulso del pingüino todas las tortugas salieron disparadas hacia adelante, arrastradas por el pingüino que iba de acá para allá resbalando por el suelo. Hasta que todas ellas enfilaron hacia unos de los cajones de madera que usaron a modo de rampa…. el pingüino se hizo a un lado justo a tiempo… y con el impulso que traían todas las tortugas, tomaron aquella rampa a gran velocidad y volaron por el aire… más allá

de cubierta… ¡y cayeron al agua! ¡Eran libres, otra vez, las tortugas!

El pingüino se preparó para saltar al agua él también, de un salto se paró sobre la caja de madera que habían utilizado las tortugas, pero el cazador de mameluco amarillo lanzó unas redes y logró atraparlo justo cuando el pingüino estaba en el aire. El pingüino alcanzó a ver, en la superficie ondulante de las olas, como las tortugas se alejaban del barco. El plan había sido un éxito, las tortugas habían sido liberadas, pero nuestro pingüino había quedado atrapado en aquellas redes, a pocos metros del agua. ¡Que cerca había estado nuestro pingüino de lograrlo…! El cazador de mameluco amarillo se asomó por cubierta, y al ver al pingüino colgando en sus redes emitió un grito de satisfacción.

-¡Vas a pagar por lo que has hecho, pingüino…! Dijo el cazador.

Sin embargo, nuestro pingüino, atrapado en las redes como estaba, se sintió feliz por las tortugas que habían logrado escapar.

-Naden tortugas… murmuró el pingüino. Vuelvan a sus playas con sus

amigos. Y el rastreador en su aleta le respondió con el parpadeo de su luz roja.

Las tortugas nadaron todas juntas por un momento, pero luego se separaron

y cada una tomó un rumbo distinto, hacia la playa donde pertenecían. Ahora regresarían a sus hogares, con sus amigos. Nuestra tortuga en especial buscaría al tigre para contarle de esta nueva aventura.

¡Sí que había monstruos marinos en aquel barco! pensó nuestra tortuga al sumergirse en la profundidad del océano. ¡Monstruos marinos de mameluco amarillo....!

El jefe de los cazadores tenía la mirada encendida, los ojos enojados, apretaba las mandíbulas con rabia, porque todas esas tortugas que habían atrapado ahora nadaban libres por el océano. El pingüino supo que volverían a encerrarlo en aquella jaula, lo taparían con esa lona que no le permitía ver nada, y quedaría otra vez inmerso en la oscuridad de la bodega de aquel barco. Entonces cerró los ojos, y sintió como las redes le apretaban el cuerpo. Su corazón latía con fuerza. Pero ya no estaría solo, puesto que todas aquellas tortugas que él había ayudado a escapar, de ahora en adelante, lo acompañarían para siempre.

Los otros dos cazadores se acercaron a su jefe. Uno de ellos llevaba todavía su pie metido dentro de un balde, y caminaba con dificultad. Querían ayudar a su jefe a subir al pingüino a cubierta, pero él los detuvo. Y mirando a nuestro pingüino que colgaba en el aire atrapado en las

redes, el jefe de los cazadores dijo:

-No regresarás a la bodega, pingüino… ya te has escapado de allí una vez…

Los otros asintieron. Estaban furiosos, todos ellos.

-El rastreador de su aleta está en funcionamiento, dijo otro de los cazadores.

Uno de ellos se asomó por cubierta, vio al pingüino en el aire, moviéndose al compás del barco sacudido por las olas, y se fijó en su aleta. En efecto, el rastreador emitía a cada rato un pitido, y una luz roja se encendía.

-Funciona correctamente, jefe.

-Bien… entonces vamos a arrojarlo al agua, dijo el jefe de los cazadores furtivos.

Otro de los hombres tomó las redes, y con el pingüino adentro, arrojó todo al agua. Nuestro pingüino quedó flotando en el mar, dentro de aquellas redes que habían formado una especie de jaula que flotaba en el agua. Una soga gruesa comunicaba ahora su jaula acuática con la cubierta del barco, cosa de que nuestro pingüino viajara a la rastra por el mar hacia donde el barco lo llevase.

-Vas a quedarte allí, pingüino, flotando en el agua, hasta que lleguemos a nuestro puerto. Ahí vamos a venderte al mejor postor…

Los hombres festejaron las palabras de su jefe, y comenzaron a saltar torpemente y a cantar:

-Dinero, dinerito… solo eso necesito…

Y ahora con más fuerza gritaban y se abrazaban entre ellos:

-Dinero, dinerito… muy prontito seré rico…

Nuestro pingüino escuchó lo que cantaban los hombres, y sintió pena por ellos. Alzó la mirada, vio al cazador en jefe asomado por cubierta: sus ojos brillaban con malicia.

-Esta vez no podrás escaparte, pingüino… flotarás allí en esa jaula hasta que lleguemos a puerto… ¡Apuesto a que nos pagarán mucho dinero por un pingüino tan valiente…! Claro que sí… Eso será si no te descubre un tiburón antes… dicen que por estos mares los tiburones pueden detectar a

una presa a miles de millas marinas de distancia…

Y el cazador en jefe comenzó a reírse con fuerza. Y el resto de los cazadores furtivos se rieron también con él.

Capítulo Cuatro. Una gaviota se pierde en el mar.

-¡Ya no puedo…!, pensaba la gaviota mientras hacía su mejor esfuerzo por seguir volando.

A su alrededor, un grupo de al menos cien gaviotas volaban junto a ella sobre el mar, envueltas en una brisa salada que las ayudaba a flotar en el aire cálido y húmedo de la noche. Se dirigían hacia el norte, hacía un clima más templado, dejando atrás los muelles del puerto donde había atracado el invierno. Si se las veía desde tierra firme, o en este caso desde el mar, las gaviotas formaban una enorme figura con forma de letra V en el cielo, aunque desprolija porque el viento a veces las desordenaba, pero luego ellas volvían a juntarse, a formar esa letra V donde cada una tomaba la posición que le correspondía: las más jóvenes volaban adelante, las más viejas volaban atrás. Pero si se prestaba atención, podía verse que una de las gaviotas se iba separando de aquel grupo, como si un hilo invisible la retuviera en el aire. Desde aquella gran altura por donde viajaban las gaviotas, el mar, allá abajo, parecía estarse quieto, como si estuviera dibujado, unas tiras largas y blancas se formaban en las crestas de las olas, y en el horizonte interminable, unos pequeños destellos lejanos y azules brillaban con alegría… ¡Pero nuestra gaviota no tenía tiempo de andar contemplando el paisaje! Ella se esforzaba por volar, por mantener el ritmo que sus compañeras le imponían, aunque sus alas estaban tan pesadas que apenas podía moverlas.

¡No puedo! Volvió a pensar preocupada la gaviota.

Levantó la mirada y agitó sus alas lo más rápido que pudo, pero el resto de sus compañeras seguían adelante, y nuestra gaviota comenzó a darse por vencida. Las otras gaviotas miraban todas hacia adelante, y no la veían quedarse cada vez más atrás, hasta que, en un determinado momento, sus compañeras de viaje se habían alejado tanto que ya casi no las podía ver.

Sólo quedan estrellas, pensó la gaviota, tristemente.

Y era verdad, ahora sólo quedaban aquellas estrellas que centellaban en el cielo como puntos azules de un mapa indescifrable. La gaviota se miró las alas, las vio manchadas de negro, pegajosas, pesadas. Esa era la razón por la que ya no podía volar: había tenido un accidente en el mar. Ella y sus compañeras habían emprendido la aventura de todos los años,

volaban desde el muelle de aquel puerto donde vivían hacia un lugar más cálido, y para eso debían afrontar un viaje largo y peligroso, que involucraba cruzar el mar hacia esas playas de arenas blancas y agua tibiecita. Pero sucede que durante aquella tarde, las gaviotas más viejas que eran también las más sabias, habían decidido hacer una pausa posándose en un islote que flotaba libremente en el mar. Y ahí estaban, todas ellas descansando en aquel islote que no era más grande que el patio de un colegio no muy grande, conversaban acerca de lo que suelen conversar las gaviotas a la hora de descansar, cuando una ola había acercado una inmensa mancha de aceite que había sido arrojada al agua por algún barco porta contenedores que surcaba el océano. Aquella mancha negra se había acercado a toda velocidad hacia las gaviotas, pero todas ellas habían logrado reaccionar a tiempo, dar aquel salto que las había salvado. Todas menos una: nuestra gaviota. En esos momentos, ella estaba distraída porque le estaba contando a una amiga gaviota la historia del viejo que se ganaba sus monedas tocando el piano en el muelle del puerto donde vivían, y tan entretenida estaba nuestra gaviota contando aquella historia del viejo y su piano y sus canciones, tan entusiasmada estaba tarareando la melodía que el viejo tocaba para los turistas que le dejaban monedas dentro del sombrero dado vuelta que dejaba en el suelo, que no vio la mancha de aceite venir hacia ella a toda velocidad, y la mancha de aceite la cubrió por completo. Todas las gaviotas lograron dar el salto a tiempo, elevarse de aquel islote que flotaba en el mar, agitar sus alas y volar lejos de aquella mancha. Pero esta gaviota no. La mancha de aceite la había empapado por completo, el aceite le había impregnado las plumas, y a partir de aquel momento su cuerpo se volvió mucho más pesado, y ya no pudo volar como solía hacerlo. Intentó seguirlas cuando todas ellas retomaron el viaje, pero sus compañeras comenzaron a alejarse tanto que nuestra gaviota ya no lograba verlas…

Ahora había quedado sola, en medio de la noche, había perdido también el rumbo, y estaba tan extenuada que le costaba tan solo mantenerse en el aire para no caer al mar.

-Me doy por vencida, pensó la gaviota, y se entregó al cansancio. Entonces dejó de moverse, y logró planear así algunos metros más, pero pronto comenzó a caer en picada y a toda velocidad.

Nuestro pingüino estaba en su jaula marina, flotando en el mar, atrapado en esas redes con las que los cazadores furtivos de mameluco amarillo lo tenían prisionero. Sin poder escapar a ningún sitio, arrastrado por el barco que viajaba a favor del viento, el pingüino pensaba en las tortugas, cada una de ellas debía estar llegando ya a las playas donde las habían capturado. De repente el pingüino vio algo en el cielo que le llamó mucho la atención, y cuando levantó la mirada se llevó un susto tremendo… ¡Algo venía hacia él a toda velocidad! Primero pensó que podía tratarse de una estrella fugaz, o lo que era peor, de un meteorito, y se preparó para la

explosión. A todo esto, la gaviota caía en picada y a toda velocidad, y de repente impactó contra el agua, apenas a unos metros de la jaula marina donde los cazadores furtivos tenían prisionero al pingüino. La caída había sido tan brusca que de inmediato la gaviota se hundió en las profundidades del mar. El pingüino miró hacia donde había caído ese objeto volador no identificado… y se quedó así, muy sorprendido y preocupado también, hasta que segundos después vio emerger entre las olas, muy cerca de su jaula marina, la cabeza de un ave extraña.

-Hola… dijo la gaviota, aturdida. Creo que ese no fue mi mejor aterrizaje…

Nuestro pingüino la miró, sin decir palabra. Le costaba creer lo que le mostraban sus ojos.

-¿Quién eres? Preguntó el pingüino, asombrado todavía. Era de noche, pero el reflejo de la luna los iluminaba a los dos.

-Soy una gaviota, dijo la gaviota.

Ella quiso abrir las alas para confirmar su respuesta, pero ya no tenía fuerzas para moverse. El pingüino reflexionó un momento. Luego dijo

-¿Estás segura que eres un ave…? Por lo que sé, las gaviotas viajan por el aire, no caen como piedras desde el cielo hacia el mar…

La gaviota se miró las alas manchadas de petróleo. El barco de los cazadores furtivos que arrastraba la jaula marina navegaba delante de ellos. Dentro del barco, los cazadores dormían ya, salvo el jefe de todos ellos que revisaba unas cartas de navegación desde la cabina de mando.

-¿Qué estás haciendo ahí? Preguntó la gaviota. Se refería a las redes que lo tenían prisionero.

-Me han atrapado, dijo el pingüino con resignación.

-Yo he perdido a mis compañeras, ¿no las has visto…? dijo la gaviota. Volaban todas juntas, en formación. Siempre volamos así... es una regla muy estricta… las más jóvenes van por delante y las más viejas por detrás… pero yo no pude seguirlas… sucede que, con estas alas… así como están…

-¿Hacia dónde te diriges? Preguntó el pingüino.

-Hacia el norte, donde el clima es cálido y podemos pasar allí todo el invierno. Es tan divertido estar allí… hay playas y palmeras y llegan aves de todas partes del mundo … La gaviota se detuvo. El barco y la jaula marina se alejaban, y ella se había quedado flotando sobre la

superficie del mar, soñando despierta como solía hacerlo. Así que la gaviota comenzó a mover sus patas y con gran esfuerzo logró acercarse otra vez al pingüino.

-¡Ey, pingüino!, dijo la gaviota cuando ya estuvo cerca, ¿Dónde es que te llevan?

-A tierra firme… contestó el pingüino.

-¡Oh, que bueno! dijo la gaviota.

-Ahí van a venderme a algún loco coleccionista de animales silvestres…

-¡Oh, que malo…! dijo ahora la gaviota. ¡Ey! ¡Pero yo puedo ayudarte!

La gaviota se paró sobre una de las redes, y con su largo pico comenzó a tirar de una de las cuerdas. No le costó mucho deshacer los nudos… cuando era más pequeña se pasaba horas viendo a los marineros en los muelles hacer y deshacer nudos en sogas como esas, incluso en sogas más gruesas. Un momento después, la gaviota logró hacer un hueco en las redes los suficientemente grande como para que nuestro pingüino pudiera escapar. ¡Y así lo hizo!

Ahora la gaviota y el pingüino flotaban en el agua, libres los dos. Subían y bajaban con las olas, y la jaula marina en la que viajaba el pingüino quedó vacía sin que los cazadores se dieran cuenta.

-¡Muchas gracias, gaviota! dijo el pingüino.

-No fue nada, dijo la gaviota muy contenta.

-Ahora podré regresar a mi casa, dijo el pingüino.

El barco de los cazadores furtivos se alejaba cada vez más, y la gaviota estuvo a punto de preguntarle a su nuevo amigo si sabía dónde habían ido el resto de las gaviotas, cuando el pingüino dijo:

-Gaviota, ojalá puedas reunirte con tus compañeras muy pronto….

-¡Ey! Espera, no te vayas tan rápido, dijo la gaviota.

Pero el pingüino se hundió y despareció bajo el agua.

-Bueno, dijo la gaviota, parece que otra vez me he quedado sola...

Miró hacia arriba, hacia el cielo, por donde había visto alejarse a sus compañeras. No sabía qué hacer. Luego bajó la mirada, y se quedó allí, flotando en la inmensidad del océano, a merced de las olas que de vez en

cuando la cubrían por completo. Extendió sus alas, y las observó por un largo momento. Las manchas de petróleo seguían ahí, entre sus plumas. La noche iba a ser muy larga, tal vez con la salida del sol pudiera pensar mejor.

Capítulo cinco. La isla Tormenta.

Habían pasado varias horas ya desde que el pingüino había emprendido el viaje de regreso a su hogar, dejando a la gaviota sola flotando en el mar. A cada momento la brisa traía un aire tibio y salado, y la gaviota pensaba en sus compañeras, en lo lejos que debían estar. El mar se había calmado ahora, como si se hubiera puesto a dormir, y la gaviota flotaba hamacada por las olas iluminada por el reflejo de la luna, que como un farol colgado en el cielo formaba un enorme círculo brillante a su alrededor. El barco de los cazadores furtivos había quedado muy lejos, ya no representaba amenaza alguna, tan solo era un diminuto punto de luz en el horizonte. Cada tanto la gaviota se sacudía para no sucumbir al sueño, estiraba el cuello y movía la cabeza de lado a lado, pero el esfuerzo de haber intentado volar con las alas manchadas de petróleo había sido demasiado grande, y cada vez se sentía más cansada. Miró hacia el cielo, le pareció que las estrellas se movían, una enorme letra V hecha de brillantes puntos azules aparecía de pronto en el manto negro de la noche, como si las estrellas volaran en formación también, igual que solía volar la gaviota junto a sus compañeras. Pero supo que soñaba, y cuando volvió a verlas, todas las estrellas volvieron rápidamente a ocupar su lugar en el cielo. Todavía faltaban algunas horas para que amaneciera, y si la gaviota se quedaba dormida sería entonces arrastrada por la corriente hacia el interior del océano, y de ese modo ya no podría orientarse y reencontrarse con el resto de sus compañeras nunca más.

En eso estaba, nuestra gaviota, luchando por no quedarse dormida, en medio de la soledad del mar, cuando alguien la tomó de una pata y la hundió en el agua. La gaviota se despertó de repente, llena de miedo. No podía ver nada en esa agua agitada y oscura donde la habían sumergido.

¡Tiburones!, pensó la gaviota.

Ahora sería la cena de algún enorme y hambriento tiburón blanco. Y cuando ya pensaba que unos filosos y puntiagudos dientes iban a despedazarla, la imagen del pingüino que había ayudado a escapar anteriormente apareció delante de sus ojos, y los dos salieron a la superficie.

-¡Que suerte que te he encontrado! dijo nuestro pingüino.

-¡Me has dado un susto tremendo! dijo la gaviota.

-Creo que no he sido justo contigo, dijo el pingüino. No podía irme y dejarte sola aquí, en medio de la nada…

La gaviota miró a su alrededor, el mar estaba tranquilo, como si durmiera con la noche.

-Además…, dijo el pingüino, yo también estoy perdido…

Y al decir esto, el rastreador que los cazadores furtivos le habían colocado en una de sus aletas parpadeó con su luz roja y emitió un pitido.

-¡Ey! ¿Qué cosa es eso?, preguntó asustada la gaviota.

-Es un rastreador, respondió con tristeza el pingüino. Me lo han colocado esos cazadores del barco…

-i¿Eso quiere decir que ellos pueden saber exactamente dónde te encuentras?!

-Eso creo… contestó el pingüino resignado.

-¡Ey! ¡Eso es tremendo!, dijo alarmada la gaviota. En cuanto esos cazadores se den cuenta que te has escapado vendrán por ti… ¡Y también vendrán por mí…!

-Pero ustedes si saben orientarse, ¿verdad gaviota…? Preguntó esperanzado el pingüino. Yo las he visto volar muy alto… y desaparecer en el cielo. Siempre saben hacia dónde dirigirse… es un poder especial que tienen.

La gaviota levantó la mirada. Las estrellas eran su guía. Ella sabía exactamente hacia dónde había que ir para llegar a tierra firme… pero con el petróleo en sus alas, sí que no podía volar.

-De qué sirve poder orientarme… así como estoy no puedo ir a ningún sitio, se lamentó la gaviota.

El pingüino pensó durante un momento.

-Supongo que si puedes montarte sobre mí… ¡yo puedo nadar y tú me guías!

-Mmmm, creo que eso podría funcionar… dijo la gaviota. Además, debemos alejarnos pronto de aquí… con ese rastreador que llevas puesto,

los cazadores vendrán a buscarte en cualquier momento…

El pingüino pensó una vez más, y tuvo otra gran idea.

-Si logramos llegar a la isla correcta, creo que ya sé quién podría ayudarnos.

Y así la gaviota se montó sobre el pingüino, que había quedado bajo el agua, aunque cada tanto sacaba la cabeza para poder respirar y escuchar las indicaciones que le daba la gaviota, y ella lo fue guiando a través de las olas, hacia las playas que buscaban.

Entonces viajaron juntos durante toda la noche…

A cada momento la gaviota levantaba la mirada hacia las estrellas, y las estrellas parecían entonces un mapa de puntos luminosos.

En un momento dado, un grupo de delfines se les unió en el recorrido. Nadaban muy rápido esos delfines, como si tuvieran una hélice en la cola, y emitían unos sonidos que sólo ellos entendían. Parecía que reían todo el tiempo, los delfines, como si su lenguaje estuviera hecho de risas. El pingüino y la gaviota compartieron un trayecto con ellos, hasta que los delfines se despidieron y tomaron otro rumbo.

Al amanecer, el pingüino y la gaviota llegaron a las costas de una isla de arenas blancas. Era la Isla Tormenta.

Pero lo que no sabían era que en esa isla vivía un tigre. Y que a ese tigre no le gustaba nada de nada la presencia de otros animales extraños que merodearan por ahí…

-Al fin hemos llegado, dijo exhausto el pingüino. Aquí estaremos a salvo…

La gaviota pisó tierra firme, y sus huellas quedaron marcadas en la arena. Eso le dio una idea…

-¡Ey! Tal vez la arena pueda ayudarme, se dijo la gaviota esperanzada.

Y comenzó a revolcarse en la arena, dando vueltas, levantando una nube a su alrededor, y poco a poco fue quitándose el petróleo que le manchaba las alas… hasta quedar completamente limpia. Entonces dio dos o tres pasos rápidos, agitó sus alas y se elevó en el aire.

-¡Ya puedo volar! ¡Ey, pingüino! ¡Puedo volar otra vez…!

El pingüino vio a la gaviota muy divertida ir y venir por sobre su cabeza. Ella se elevaba unos metros en el aire y aterrizaba sobre la arena, y volvía

a elevarse y volvía a aterrizar.

-Ahora podré regresar con mis compañeras, dijo la gaviota aliviada. Cuando las alcance, voy a pasarme el verano entero tirada en la arena y voy contarles acerca de todo esto, del mar, de los delfines, del barco de cazadores que te tenía prisionero… seguro que nadie tiene una historia así… ¡Ey, pingüino! ¡Voy a ser la más popular de todas las gaviotas!

El pingüino miraba seriamente más allá de su amiga: observaba con atención el bosque que circundaba la playa.

-Me temo que esta aventura no ha terminado aún, dijo el pingüino con voz de estar preocupado por algo. Debemos entrar, es por ahí.

La gaviota abandonó la fantasía con la que había comenzado a soñar despierta y prestó atención a lo que el pingüino decía.

-¿Vamos a entrar a ese bosque? Preguntó la gaviota asustada. Eso parece muy peligroso.

-Tal vez lo sea, dijo el pingüino. Pero debo encontrar a una tortuga. Ella es mi amiga, y es muy inteligente. Es mi única esperanza… Ella sabrá como podré librarme de este rastreador que me han colocado los cazadores furtivos en mi pobre aletita… Y mirando a la gaviota, el pingüino agregó:

-Ya puedes volar, gaviota, así que ahora regresarás con tus compañeras. Entiendo que no quieras acompañarme, de veras que lo entiendo. Puedes irte, de aquí en más continuaré solo… Y poniendo una voz aún más solemne, como si dijera un discurso frente a una multitud, continuó:

-Entonces me enfrentaré a los peligros que mi destino me depare, vaya a saber qué criaturas acechan en ese bosque… y seré valiente ante las terribles amenazas que pueda encontrar en mi camino...

El pingüino permaneció muy serio, y quieto, mirando de reojo a su amiga la gaviota, esperando que sus palabras la hubieran conmovido.

La gaviota pensó un momento. Luego extendió las alas y las vio durante unos largos segundos.

-Mucha suerte pingüino…, respondió indiferente la gaviota, espero que encuentres a esa tortuga que tanto buscas… y que ella pueda ayudarte con ese rastreador que llevas puesto…

La gaviota hizo una pausa, vio la cara de susto que tenía el pingüino al saber que de ahora en adelante se quedaba solo. Y al cabo de unos

segundos agregó:

-¡Ey, pingüino! ¡Es una broma…! claro que voy a acompañarte, vamos, entremos a ese bosque, esa tortuga no debe andar muy lejos… además ya tengo hambre…

Y los dos atravesaron juntos la playa, rumbo hacia la penumbra de aquel bosque.

Lo que no sabían era que desde la oscuridad de los árboles, alguien los observaba. Un par de ojos brillantes siguieron los pasos del pingüino y la tortuga.

Eran los ojos de un tigre. Enorme, fuerte y salvaje, que los vigilaba.

Capítulo Final. Un tigre al acecho.

El pingüino y la gaviota caminaban por un sendero muy estrecho, ya dentro del bosque, donde la luz del sol apenas lograba atravesar la fronda de los árboles, veteando de luces y de sombras las hojas de las plantas alrededor, como lo haría el reflejo brillante de una esas bolas de espejos que suele haber en los salones de fiestas. A pesar de que llevaban un rato caminando, todavía no se habían cruzado con ningún otro habitante del bosque, cuando de repente el pingüino se detuvo.

-¡Alto! dijo el pingüino, y levantó su aleta para que la gaviota no diera un solo paso más. Escuché unas pisadas, alguien anda por ahí…

Los dos se quedaron inmóviles, ahora apenas respiraban. Miraban la maleza crecida hacia ambos lados del sendero. El silencio era total. El pingüino y la gaviota tenían la sensación de que alguien los estaba observando. Estaban en peligro, lo sabían bien. Y de pronto el rastreador que el pingüino llevaba en su aleta emitió un pitido… ¡Piiiiiiiip! Y su luz roja encendió el aire en el que estaban sumergidos. Entonces, casi sin que se dieran cuenta, un tigre saltó desde lo alto de un árbol y se paró desafiante delante de ellos.

-¡Hola! ¡Ey! dijo nerviosa la gaviota al ver al tigre caer a tan solo unos centímetros de ella ¿Te has caído de ese árbol…? Quiero decir… Yo soy una gaviota, y él es mi amigo… obviamente no es otra gaviota… es un pingüino, aunque técnicamente también es un ave… pero no tiene alas… y los dos estamos buscando….

-¡¡Silencio!! rugió el tigre.

-Creo no es momento de presentaciones, le dijo por lo bajo el pingüino a la gaviota.

-¿Qué están haciendo aquí? Preguntó el tigre con vos de tigre enojado. Ustedes no pertenecen a este bosque.

Al ver al tigre así, con su peligrosa boca abierta, donde unos enormes colmillos brillaban de forma amenazante, la gaviota pretendió alejarse del sendero donde estaban, pero el tigre dio otro salto y le impidió el paso.

-Pollito… ¿A dónde crees que vas…? dijo el tigre.

-¿Pollito? ¡Ey! Yo no soy ningún pollito ¡Soy una gaviota!, dijo la gaviota enojada.

-¿Así? Pues a mí me da igual... dijo el tigre rodeando a la gaviota. Creo que primero voy a comerme a este pollito… y luego seguiré con este otro… ¿Qué cosa dijiste que era?

-…tú puedes llamarme como quieras, dijo el pingüino temblando. Sólo estamos buscando a una amiga tortuga…

-Mmmmm…, el tigre pensó un momento. ¿Qué clase de tortuga están buscando…?

-Una muy inteligente, dijo el pingüino. Necesito que me ayude a quitarme este rastreador de encima…

El pingüino levantó su aleta y le mostró al tigre el aparato que servía de rastreador con el que los cazadores furtivos podían localizarlo en cualquier momento. Pero al escuchar estas palabras, la actitud del tigre cambió por completo, porque recordó a su amiga la tortuga, la vez que lo había salvado de ahogarse en el mar. Y al mismo tiempo recordó también la promesa que le había hecho aquella noche.

-¿Cómo puedo saber que no me están engañando, que no es un truco para ganar tiempo antes de que me los coma a los dos…? Preguntó el tigre. Miraba a la gaviota y al pingüino con los ojos entrecerrados, queriendo adivinar las intenciones de esos dos.

-Una vez, unas tortugas y yo estuvimos prisioneros en la bodega de un barco de cazadores furtivos… yo las ayudé a escapar. Las tortugas pueden lentas, pero tienen una gran memoria… no creo que me haya olvidado… dijo el pingüino, rogando por dentro que sus palabras fuesen ciertas.

-Está bien, dijo el finalmente el tigre. Creo que hoy es su día de suerte.

Síganme, yo los llevaré con ella.

La gaviota miró al pingüino, y en voz baja le dijo:

-Creo que no deberíamos confiar en él… hace apenas un momento estaba pensando en comernos….

-¿Que alternativa nos queda?, contestó el pingüino… Pronto los cazadores furtivos sabrán donde estoy y entonces vendrán por mí…

-¡Ey! ¡Y también por mí…! dijo la gaviota.

El tigre comenzó a caminar por el sendero.

-¿Vienen o no?, rugió el tigre.

Y la gaviota y el pingüino comenzaron a seguirlo. Pero a poco de andar, el tigre dio media vuelta, los miró y, a modo de advertencia, les dijo:

-Los llevaré con la tortuga, pero si están mintiendo, si ella no los conoce, entonces los dos serán mi cena… ¿entendido?

El pingüino y la gaviota se miraron, y al hacerlo descubrieron en los ojos del otro su propio miedo.

Comenzaron a caminar, a seguir al tigre, aunque no estaban seguros de a dónde los llevaba, hasta que momentos después el tigre los condujo hacia una nueva playa donde había unas enormes rocas encalladas en la arena.

-Tortuga, gritó el tigre. Hay dos sujetos extraños que dicen conocerte.

Nuestra tortuga apareció por detrás de una de las rocas. Caminaba lentamente por la arena. Al ver al tigre, sonrío, como sonríen una tortuga cuando ve llegar a su amigo el tigre.

-Son el pollito y… ¿Qué cosa me has dicho que eras tú…? Preguntó el tigre al pingüino… Bueno, no importa. Dicen conocerte, y que necesitan de tu ayuda…

-Que no soy un pollito… dijo resignada la gaviota.

-¡Pingüino! Dijo la tortuga al reconocerlo. ¡Que alegría volver a verte!

La tortuga miró al tigre y le dijo:

-Él es un pingüino… el pingüino del que te hablé. Nos ha ayudado a todas las tortugas atrapadas en aquel barco de cazadores furtivo a poder

escapar.

-Pues ahora soy yo quien necesita de tu ayuda, dijo el pingüino. Y le mostró el rastreador en su aleta.

La tortuga pensó un momento…

-Creo que no puedo ayudarte con eso…, dijo la tortuga con tristeza…

Pero en ese momento el tigre dijo:

-Pero yo sí puedo…

Levantó una de sus poderosas patas, y sus garras afiladas brillaron con la luz del sol. El tigre dio un zarpazo hacia el pingüino, y destruyó con precisión felina el rastreador que se desparramó sobre la arena.

-Eres libre, pingüino… ahora ya no podrán volver a atraparte, dijo el tigre orgulloso del movimiento certero con el que había liberado al pingüino de aquel aparato rastreador.

Una lágrima de emoción brotó de los ojos del pingüino.

La tortuga volvió a sonreír. La gaviota daba saltos de acá para allá.

-Y pensar que había planeado comerlos a los dos… dijo en broma el tigre.

La gaviota y el pingüino sonreían como sonreía la tortuga.

-No… es cierto… continuó ahora más serio el tigre, primero iba a comerme al pollito, y pensaba dejar al pingüino para el postre…

La gaviota dio un salto, y pegó su rostro contra los ojos del tigre. Lo miró enojada por unos segundos, y luego repitió muy lentamente:

-Ya-te-dije-que-no-soy-un… ¡¡¡Pollito!!!

El tigre se separó de la gaviota, e intentando volver a ser amigos dijo

-Ok, ok, ya entendí… supongo que ahora volverán a sus hogares…

La gaviota y el pingüino se miraron otra vez. Ellos no pertenecían a ese bosque. La gaviota debía remontar vuelo y dirigirse al norte, el pingüino debía encontrar las corrientes que lo llevaran a través del mar con el resto de sus compañeros.

-Es cierto, dijo el pingüino viendo hacia la orilla del mar… creo que ha

llegado el momento de la despedida.

La tortuga se había quedado en silencio, pensaba en las palabras del pingüino.

-Va a ser un largo viaje, dijo la gaviota. Extendió las alas, ya libres de aquellas manchas de petróleo que le habían impedido volar.

-Creo que tengo una idea, dijo la tortuga. Pueden quedarse con nosotros, y formar un equipo…

-¿Un equipo…? ¿Qué clase de equipo? Preguntó el tigre desconfiando de las palabras de la tortuga.

-Cada uno de nosotros tiene una habilidad especial… pero ninguno podría haber sobrevivido sin la ayuda del otro, dijo la tortuga. El tigre es fuerte y ágil. El pingüino es rápido en el agua. La gaviota tiene el poder de volar… y yo… bueno, de vez en cuando se me ocurren buenas ideas… eso quiere decir que entre los cuatro podemos formar un equipo que ayude a cualquier criatura que se pierda y aparezca en estas playas para que pueda pronto regresar a su hogar.

-Pero aquí no hace frio como en mi casa, dijo el pingüino, ni hay bloques de hielo flotando en el mar… sin embargo, creo que podría acostumbrarme a este sitio.

-En todo caso puedo volver a reunirme con mis amigas las gaviotas el próximo verano, pensó en voz alta la gaviota.

El tigre apoyó su pata en la arena. Y la tortuga puso encima su aleta. Luego se les unió el pingüino, y finalmente la gaviota.

-El equipo de rescate de la Isla Tormenta… dijo la tortuga.

-¡!El equipo de rescate de la Isla Tormenta!!, repitieron los otros tres.

Y a partir de ese momento, la tortuga, el tigre, el pingüino y la gaviota se prepararon para vivir entre los cuatro nuevas y emocionantes aventuras.